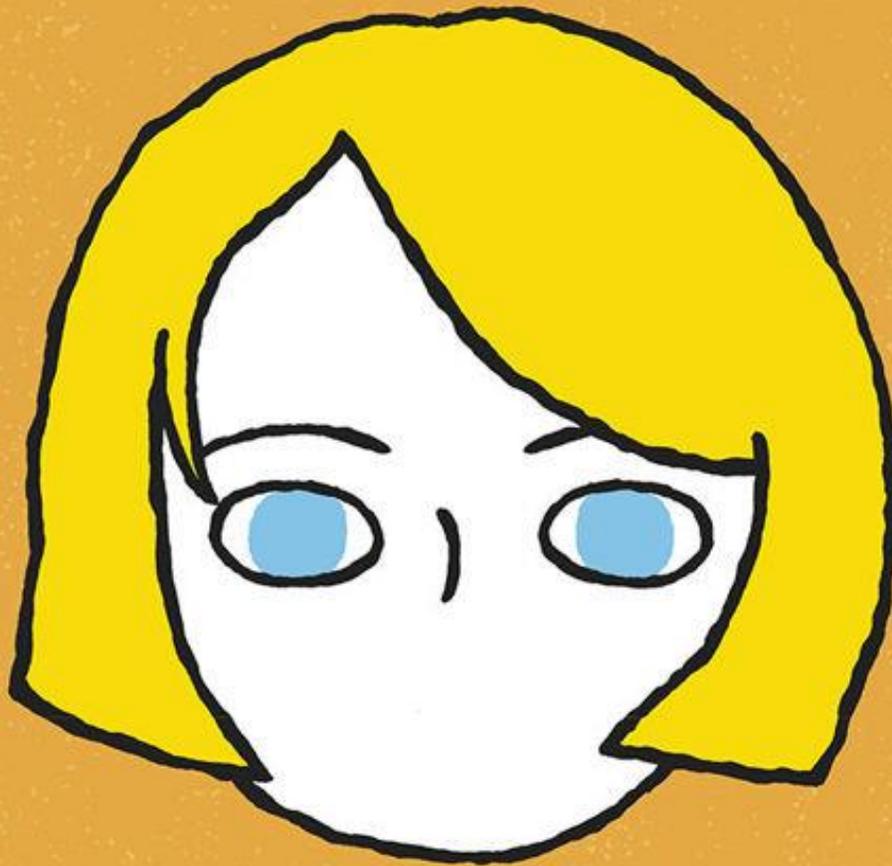


WONDER



Charlotte tiene la palabra

R.J. Palacio

NUBE DE TINTA

R. J. PALACIO

Charlotte tiene la palabra

Pero cada primavera
vuelve a hacerse joven,
y cantan las hadas.
CICELY MARY BAKER,
Hadas flores de la primavera, 1923
Nadie baila el shingaling como yo.
THE ISLEY BROTHERS,
«Nobody but Me»

Donde cuento que iba andando al colegio

Había un ciego que tocaba el acordeón en Main Street al que veía todos los días de camino al colegio. Se sentaba en un taburete debajo del toldo del supermercado A&P que hay en la esquina con Moore Avenue, y su perro lazarillo se tumbaba sobre una manta delante de él. El animal llevaba un pañuelo rojo al cuello. Era una labrador negra. Lo sé porque mi hermana Beatrix se lo preguntó un día.

- Disculpe, señor, ¿de qué raza es ese perro?
- Joni es una labrador negra, señorita —contestó.
- Es muy guapa. ¿Puedo tocarla?
- Mejor que no. Ahora mismo está trabajando.
- Vale, gracias. Que pase un buen día.
- Adiós, señorita.

Mi hermana se despidió con la mano. Él no tenía modo de saberlo, claro, así que no le devolvió el saludo.

Beatrix tenía ocho años. Lo sé porque era mi primer curso en Beecher, o sea, que estaba en preescolar.

Yo no llegué a hablar con el hombre del acordeón. Me fastidia reconocerlo, pero por aquel entonces me daba algo de miedo. Siempre tenía los ojos abiertos, y a mí me parecían vidriosos y empañados. Eran color crema y recordaban a unas canicas beis. Me asustaba solo con verlos. Si hasta me daba un poco de miedo su perro, y eso que a mí me encantan los perros. ¡Si hasta tengo uno! El caso es que su perro me daba miedo; tenía el hocico gris, y sus ojos parecían viscosos. Pero —y este

es un gran «pero» —, aunque me daban miedo los dos, el hombre del acordeón y su perro, siempre dejaba un billete de un dólar en la funda abierta del instrumento. No sé cómo, porque estaba tocando el acordeón, pero por más silenciosamente que me acercase a él, el hombre siempre oía el «flap» del billete al caer en la funda.

—Que Dios bendiga a América —decía haciendo un gesto con la cabeza hacia donde yo estaba.

Era algo que me dejaba maravillada. ¿Cómo podía oírlo? ¿Cómo sabía en qué dirección debía hacer aquel gesto?

Mi madre me explicó que los ciegos desarrollan sus otros sentidos para compensar el que han perdido. Como estaba ciego, tenía un superoído.

Eso, claro está, hizo que me preguntara si también tendría otros superpoderes. Por ejemplo: en invierno, cuando hacía un frío que pelaba, ¿tenía alguna manera mágica de calentarse los dedos mientras pulsaba las teclas? ¿Y cómo se las apañaba para mantener el calor del resto del cuerpo? En aquellos días de frío glacial, en los que me castañeteaban los dientes tan solo con recorrer a pie unas cuantas manzanas contra el viento helado, ¿cómo se las apañaba él para entrar en calor y ser capaz de tocar el acordeón? A veces había llegado a ver unos hilillos de hielo formándose en algunas partes de su bigote y su barba, o lo había visto agacharse para comprobar que su perra estaba tapada con la manta. O sea, que sabía que podía sentir frío, pero ¿cómo se las apañaba para no dejar de tocar? ¡Si ese no es un superpoder...!

En invierno siempre le pedía a mi madre dos dólares, en lugar de uno, para dejarlos en la funda del acordeón.

Flap. Flap.

—Que Dios bendiga a América.

Siempre tocaba las mismas ocho o diez canciones. Menos en Navidad, cuando introducía «Rudolph the Red-Nosed Reindeer» y «Hark! The Herald Angels Sing». Si no, repetía las mismas canciones, una y otra vez. Mi madre se sabía los títulos de algunas. «Delilah», «Lara's Theme», «Those Were the Days». Me descargué todos los temas que me dijo, y tenía razón: aquellas eran las canciones. Pero ¿por qué solo esas? ¿Eran las únicas que había aprendido o eran las únicas que recordaba? ¿O conocía un montón más pero había decidido tocar solo esas?

Tantas preguntas me llevaron a hacerme muchas más. ¿Cuándo aprendió a

tocar el acordeón? ¿De niño? ¿Aún no era ciego por aquel entonces? Si no podía ver, ¿cómo podía leer partituras? ¿Dónde vivía de pequeño? ¿Dónde vivía cuando no estaba en la esquina de Main Street con Moore Avenue? A veces lo veía caminando con su perro, sujetando el arnés del animal con la mano derecha y la funda del acordeón con la izquierda. ¡Qué despacio avanzaban! No parecía que pudiesen llegar muy lejos. ¿Adónde iban?

Si no me hubiese dado miedo, le habría hecho muchas preguntas. Pero nunca se las hice. Me limitaba a darle billetes de un dólar.

Flap.

—Que Dios bendiga a América.

Siempre igual.

Cuando me fui haciendo mayor y ya no me daba tanto miedo, las preguntas que me hacía sobre él dejaron de tener tanta importancia. Supongo que acabé tan acostumbrada a verlo que ya no pensaba en sus ojos vidriosos ni en si tenía superpoderes. No dejé de echarle un dólar cada vez que pasaba por delante, pero el gesto se había convertido en una costumbre, como la de pasar la tarjeta del metro por el lector del torniquete.

Flap.

—Que Dios bendiga a América.

Cuando empecé quinto dejé de verlo, porque ya no pasaba delante de él de camino al colegio. La escuela de secundaria Beecher está unas cuantas manzanas más cerca de casa que el colegio de los pequeños, así que iba andando a clase con mis hermanas Beatrix y Aimee, que es la mayor de las tres, y volvía andando del colegio con mi mejor amiga, Ellie, y también con Maya y con Lina, que viven cerca de mí. De vez en cuando, a principio de curso, íbamos al A&P a comprar algo de comer cuando salíamos de clase, antes de volver a casa, y al ver al hombre del acordeón le daba un dólar y oía cómo bendecía a América. Pero al llegar el frío, prácticamente dejamos de hacerlo. Por eso, hasta que ya llevábamos unos días de vacaciones de Navidad y una tarde fui al A&P con mi madre, no me di cuenta de que el ciego que tocaba el acordeón en Main Street ya no estaba allí.

Había desaparecido.

Donde cuento cómo pasé las vacaciones de Navidad

Los que me conocen siempre me dicen que soy muy dramática. No tengo ni idea de por qué lo dicen, porque yo no soy nada, pero nada de nada, dramática. Sin embargo, cuando vi que el hombre del acordeón no estaba, se me fue la olla. No sé por qué, pero el caso es que me obsesioné y no podía parar de darle vueltas a qué podría haberle pasado. ¡Era como un misterio que tenía que resolver! ¿Qué narices le habría sucedido al ciego que tocaba el acordeón en Main Street?

Nadie parecía saberlo. Mi madre y yo les preguntamos a las cajeras del supermercado, a la señora de la tintorería y al hombre de la óptica de la acera de enfrente para ver si sabían algo de él. Hasta le preguntamos al policía que ponía multas en esa manzana. Todos lo conocían, pero nadie sabía qué le había pasado, solo que un día, ¡puf!, había desaparecido. El policía me dijo que en los días de mucho frío a la gente sin hogar se la llevaban a los albergues municipales para que no muriesen congelados. Según él, al hombre del acordeón seguramente le habría pasado eso. Pero la señora de la tintorería nos dijo que sabía a ciencia cierta que el hombre del acordeón no era una persona sin hogar. Pensaba que vivía en alguna parte de Riverdale, porque alguna vez lo había visto bajar del autobús Bx3 a primera hora de la mañana con su perro. El tipo de la óptica nos dijo que estaba seguro de que el hombre del acordeón había sido un músico de jazz famoso y que en realidad estaba forrado, así que no debía preocuparme por él.

¿Pensáis que todas aquellas respuestas me ayudaron a calmarme? ¡Pues no! Solo me llevaron a preguntarme un montón de cosas más que me hicieron sentir aún más curiosidad por él. Por ejemplo: ¿estaría pasando el invierno en un albergue para personas sin hogar? ¿Estaría viviendo en su preciosa casa de Riverdale? ¿De verdad había sido un músico de jazz famoso? ¿Era rico? Si era rico, ¿por qué tocaba para ganar dinero?

Por cierto, toda mi familia se hartó de oírme hablar del tema.

—¡Charlotte, si vuelves a hablarme del acordeonista, voy a vomitarte encima!
—dijo Beatrix.

—Charlotte, ¿quieres dejarlo estar de una vez? —dijo Aimee.

Fue mi madre quien me sugirió que una buena manera de «canalizar» mi energía podía ser organizar una recogida de abrigos en el barrio en beneficio de las personas sin hogar. Pegamos carteles en los que pedíamos a la gente que donase

abrigos «en buen estado» y los depositase en bolsas de plástico en un contenedor enorme que dejamos delante de nuestro edificio. Cuando ya habíamos recogido unas diez bolsas de basura gigantes llenas de abrigos, mis padres y yo fuimos en coche al centro, a la Bowery Mission, para donar los abrigos. Reconozco que me sentó muy bien entregar todos aquellos abrigos para gente que de verdad los necesitaba. Cuando estaba en la misión con mis padres, busqué al hombre del acordeón por si estaba allí, pero no hubo suerte. De todos modos, sabía que él ya tenía un buen abrigo: una parka naranja de Canada Goose que a mi madre le hacía pensar que los rumores de que era rico podían ser ciertos.

—No se ve a mucha gente sin hogar llevando una parka de Canada Goose — observó mi madre.

Cuando volví a clase después de las vacaciones de Navidad, el señor Traseronian, que es el director del colegio de secundaria, me felicitó por haber organizado una recogida de abrigos. No sé cómo se había enterado, pero el caso es que se había enterado. Casi todo el mundo estaba de acuerdo en que el señor Traseronian tenía alguna especie de dron secreto de vigilancia que estaba al tanto de todo lo que sucedía en la escuela de secundaria Beecher: no había otro modo de que supiese todas las cosas que parecía saber.

—Ha sido una manera preciosa de pasar las vacaciones de Navidad, Charlotte — dijo.

—¡Gracias, señor Traseronian!

Me encantaba el señor Traseronian. Siempre era muy amable. Me gustaba de él que fuera uno de esos profesores que nunca te hablan como a un niño pequeño. Siempre utilizaba palabras difíciles, dando por hecho que las conocías y las entendías, y nunca apartaba la vista cuando le hablabas. Otra cosa que también me encantaba era que llevara tirantes, pajarita y unas zapatillas de deporte rojas.

—¿Crees que podrías ayudarme a organizar una recogida de abrigos en Beecher? —me preguntó—. Ahora que eres una experta, me encantaría contar con tu ayuda.

—¡Pues claro! — contesté.

Así acabé participando en la primera recogida anual de abrigos del colegio de secundaria Beecher.

El caso es que entre la recogida de abrigos y todos los sucesos dramáticos que se produjeron en el colegio cuando volví de las vacaciones de Navidad (¡enseguida hablo de eso!), no tuve ocasión de resolver el misterio de qué le había pasado al ciego que tocaba el acordeón en Main Street. Ellie no parecía nada interesada en ayudarme a averiguarlo, aunque era el tipo de cosa que podría haberla motivado tan solo unos meses antes. Además, ni Maya ni Lina parecían acordarse de él. De hecho, a nadie parecía importarle un rábano lo que le hubiese sucedido, así que acabé por dejarlo estar.

Sin embargo, algunos días me acordaba del hombre del acordeón. De vez en cuando recordaba una de las canciones que tocaba y me pasaba el día entero tarareándola.

Donde cuento cómo empezó la guerra entre los chicos

Cuando volvimos de las vacaciones de Navidad, el único tema de conversación era «la guerra», también llamada «la guerra entre los chicos». Todo empezó justo antes de que empezaran las vacaciones. Unos pocos días antes de que acabasen las clases, a Jack Will lo expulsaron temporalmente por haberle pegado un puñetazo en la boca a Julian Albans. ¡Y luego dicen que yo soy dramática! Todo el mundo cotilleaba sin parar sobre el tema, pero nadie sabía exactamente por qué Jack había hecho lo que había hecho. Casi todo el mundo pensaba que tenía algo que ver con Auggie Pullman. Para ponerlos en antecedentes, tenéis que saber que Auggie Pullman es un chico del colegio que nació con unos problemas faciales muy graves. Y cuando digo graves, quiero decir graves. O sea, muy graves. Ninguno de sus rasgos está donde debería estar. Cuando lo ves por primera vez asusta un poco, porque parece que lleve una máscara o yo qué sé. Por eso, cuando empezó a ir a clase al colegio de secundaria Beecher, todo el mundo se fijó en él. Era imposible no fijarse.

Unos cuantos —Jack, Summer y yo— fuimos simpáticos con él desde el principio. Por ejemplo, cuando nos cruzábamos por el pasillo siempre le decía: «Hola, Auggie, ¿qué tal?», y otras cosas por el estilo. En parte, porque el señor Traseronian me había pedido que fuese una de las amigas de bienvenida para Auggie antes de que empezaran las clases, pero habría sido simpática con él aunque no me lo hubiese pedido.

Sin embargo, casi todos los demás —como Julian y su grupo— no fueron nada simpáticos con Auggie, sobre todo al principio. No creo que intentasen ser desagradables a propósito. Creo que su cara los asustaba un poco, nada más. Decían tonterías a sus espaldas. Lo llamaban Monstruo. Jugaban a una cosa llamada «la Peste», en la que yo nunca quise participar, que conste. (Si nunca he tocado a Auggie Pullman es solo porque nunca he tenido un motivo para hacerlo, nada más.) Nadie quería relacionarse con él ni incluirlo en su equipo para un trabajo de clase. Al menos, al inicio de curso. Un par de meses después, la gente empezó a acostumbrarse. No es que empezasen a ser especialmente simpáticos con él, pero al menos dejaron de ser desagradables. Todos menos Julian, claro, que siguió dándole al tema una importancia que no tenía. Era como si no pudiera superar el hecho de que Auggie tiene la pinta que tiene. ¡Como si el pobre chaval pudiera hacer algo para evitarlo!

El caso es que todo el mundo piensa que Julian le dijo a Jack algo horrible sobre Auggie. Y Jack, como el buen amigo que es, le dio un puñetazo a Julian. ¡Zas!

Y luego expulsaron temporalmente a Jack. ¡Zas!

Y ahora ha vuelto a clase. ¡Zas!

¡Toma dramatismo!

¡Pero aún hay más!

Porque lo que sucedió fue lo siguiente: durante las vacaciones de Navidad, Julian celebró una superfiesta y, básicamente, puso a todos los de quinto en contra de Jack. Hizo correr el rumor de que el psicólogo del colegio le había dicho a su madre que Jack era inestable emocionalmente. Y que la presión de ser amigo de Auggie había hecho que se le fuera la olla y se volviera un maníaco agresivo. ¡Qué locura! Por supuesto, nada era cierto, y casi todo el mundo lo sabía, pero eso no evitó que Julian difundiese la mentira.

Y ahora todos los chicos están en guerra. Así fue como empezó. ¡Menuda tontería!

Donde cuento cómo me mantuve neutral

Sé que la gente dice de mí que soy una santita. No tengo ni idea de por qué lo hacen, porque no soy ninguna santa, pero tampoco voy a ser desagradable con alguien solo porque otra persona lo diga. No soporto que la gente haga esas cosas.

Por eso, cuando todos los chicos empezaron a hacerle el vacío a Jack y él no sabía por qué, pensé que lo menos que podía hacer era contarle lo que estaba pasando. A ver, conozco a Jack desde que íbamos a preescolar y sé que es un buen chaval.

La cuestión es que no quería que nadie me viese hablando con él. Algunas chicas, como las del grupo de Savanna, habían empezado a tomar partido por el bando de Julian, y yo deseaba con todas mis fuerzas mantenerme neutral, porque no quería que ninguna se enfadase conmigo. Aún tenía esperanzas de entrar en ese grupo algún día. Lo último que quería era hacer algo que echase por tierra mis posibilidades de lograrlo.

Un día, antes de la última hora, le pasé una nota a Jack donde le decía que se reuniese conmigo en el aula 301 al salir de clase. Y lo hizo. Y yo le conté todo lo que estaba sucediendo. ¡Tendríais que haberle visto la cara! ¡Se puso rojo como un tomate! ¡En serio! ¡Pobre chaval! Los dos estuvimos de acuerdo en que aquella situación era un rollo. Me dio mucha pena.

Cuando terminamos de hablar, salí disimuladamente del aula, sin que nadie me viese.

Donde cuento que estaba deseando contarle a Ellie que había hablado con Jack Will

Al día siguiente, a la hora de comer, iba a contarle a Ellie que había hablado con Jack. Ellie y yo habíamos estado coladas por Jack Will en secreto en cuarto, cuando él hizo de Artful Dodger en la obra de teatro *Oliver*, y a las dos nos pareció que estaba encantador con chistera.

Me acerqué a ella mientras estaba vaciando la bandeja de la comida. Dejamos de compartir mesa en el comedor cuando ella se pasó a la mesa de Savanna, allá por Halloween. Aun así, seguía confiando en Ellie. ¡Habíamos sido íntimas desde primero, y eso no es moco de pavo!

—Hola —le dije, tocándola suavemente con el codo.

—¡Hola! —contestó, devolviéndome el gesto.

—¿Por qué no fuiste ayer a coro?

—Ah, ¿no te lo había dicho? Cambié de optativas al volver de las vacaciones de Navidad. Ahora estoy en la banda de música.

—¿En la banda? ¿En serio?

—¡Toco el clarinete! —contestó.

—¡Hala! —exclamé asintiendo con la cabeza—. Qué guay.

La noticia me sorprendió mucho, y por muchos motivos.

—¿Tú qué tal, Charly? —dijo—. Tengo la impresión de que casi no te he visto desde que volvimos de vacaciones —añadió, y me agarró de la muñeca para echarle un vistazo a mi nueva pulsera.

—Sí, ¿verdad? —contesté, aunque no le dije que era porque ella me había dado calabazas todas las veces que habíamos hecho planes para vernos al salir de clase.

—¿Cómo va el torneo de los cuadraditos de Maya?

Se refería a la obsesión que tenía Maya por crear el mayor juego de

cuadraditos del mundo para jugar a la hora de comer. Sin que ella se enterase, nos burlábamos bastante del tema.

—Bien —contesté, sonriendo—. Quería hablar contigo del asunto ese de la guerra entre los chicos. Vaya rollo, ¿no?

Puso los ojos en blanco.

—¡Se les ha ido mogollón de las manos!

—Sí, ¿no te parece? —dije—. Me da pena Jack. ¿No crees que Julian debería dejarlo estar de una vez?

Ellie se retorció un mechón de pelo con un dedo. Cogió un cartón de zumo fresco del mostrador y metió la pajita en el agujero.

—No sé, Charly. Fue Jack quien le pegó un puñetazo a él. Julian tiene todo el derecho del mundo a estar enfadado. —Le dio un buen sorbo al zumo y añadió—: Empiezo a pensar que Jack tiene un serio problema de autocontrol.

¿Cómo? Conozco a Ellie de toda la vida, y la Ellie que conozco nunca utilizaría una expresión del tipo «problema de autocontrol». No es que Ellie no sea lista, pero no es «tan» lista. ¿Un «problema de autocontrol»? Eso le pegaba más decirlo a Ximena Chin con ese tono sarcástico tan habitual en ella. Desde que Ellie había empezado a relacionarse con Ximena y Savanna se comportaba de un modo cada vez más raro.

¡Un momento! Entonces me acordé de una cosa: ¡Ximena toca el clarinete! ¡Eso explicaba por qué Ellie había cambiado de optativa! ¡Ahora todo tenía sentido!

—De todos modos, creo que no debemos meternos. Es algo entre los chicos —dijo Ellie.

—Sí, ya —contesté. Decidí que era mejor no contarle a Ellie que había hablado con Jack.

—¿Estás lista para la prueba de baile de hoy? —preguntó, muy contenta.

—Sí —respondí, fingiendo que estaba emocionada—. Creo que la señora Atanabi va a...

—¿Estás lista, Ellie? —nos interrumpió Ximena Chin, que acababa de aparecer de la nada. Me saludó brevemente con un gesto de la cabeza sin llegar a mirarme, se dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta del comedor.

Ellie tiró a la papelera el cartón de zumo sin terminar, se echó torpemente la mochila al hombro derecho y salió corriendo detrás de Ximena.

—¡Hasta luego, Charly! —masculló desde el centro del comedor.

—Hasta luego —contesté mientras la veía alcanzar a Ximena.

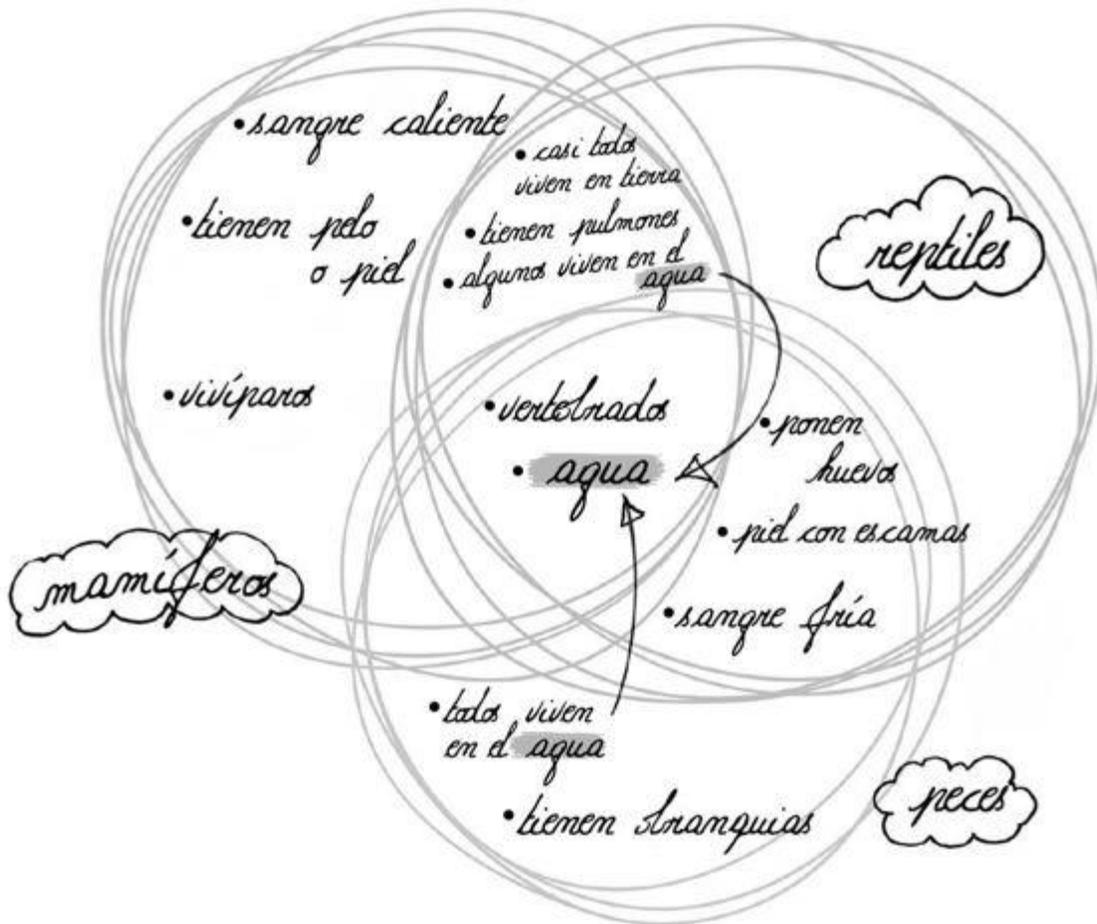
Las dos juntas se reunieron con Savanna y Gretchen, una de sexto, que estaban esperándolas junto a la puerta.

Las cuatro eran más o menos igual de altas, y todas tenían el pelo superlargo y con ondas en las puntas. Cada una tenía un color de pelo, eso sí. El de Savanna era rubio dorado. Ximena era morena. Gretchen era pelirroja. Y Ellie era castaña. A veces me preguntaba si Ellie habría entrado en aquel grupo tan guay gracias a su pelo, que era del color y la longitud perfectos para no desentonar.

Yo soy rubia platino, y tengo el pelo tan lacio y liso que no hay manera humana de que acabe en ondas sin echarme cantidades industriales de laca. Y lo llevo corto. Y soy bajita.

Donde cuento cómo funcionan los diagramas de Venn (Primera parte)

En la clase de ciencias de la señorita Rubin aprendimos qué eran los diagramas de Venn. Los diagramas de Venn se dibujan para ver qué relaciones hay entre distintos grupos de cosas. Por ejemplo, si quieres saber cuáles son las características comunes de los mamíferos, los reptiles y los peces, dibujas un diagrama de Venn y dentro de un círculo haces una lista con todos los atributos de cada uno. En la intersección de los círculos queda lo que tienen en común. En el caso de los mamíferos, los reptiles y los peces, todos tienen columna vertebral.



El caso es que me encantan los diagramas de Venn. Son muy útiles para explicar un montón de cosas. A veces los dibujo para explicar las relaciones de amistad.



Ellie y yo en primero.

Como se puede observar, Ellie y yo teníamos muchas cosas en común. Somos amigas desde el primer día de primero, cuando la señorita Diamond nos sentó en la misma mesa. Recuerdo aquel día perfectamente. Yo me pasé el rato intentando hablar con Ellie, pero ella era muy tímida y no quería. Luego, a la hora del almuerzo, me puse a hacer como que patinaba sobre hielo con los dedos por la mesa que compartíamos. Por si no sabéis lo que es, es cuando haces el gesto de la paz, pero al revés, y dejas que los dedos se deslicen sobre la superficie lustrosa de la mesa, como si hiciesen patinaje artístico. El caso es que Ellie se pasó un rato mirando cómo lo hacía y luego ella también empezó a patinar sobre hielo con los dedos. Enseguida nos pusimos las dos a trazar ochos por toda la mesa. A partir de entonces nos hicimos inseparables.

Ahora

Charlotte



Ellie

Ellie y yo ahora.

Donde cuento cómo seguí manteniéndome neutral

Al salir de clase, cuando llegué a la prueba de baile, Ellie, Savanna y Ximena estaban delante de las taquillas que hay junto a la puerta del salón de actos. En cuanto me miraron supe que habían estado hablando de mí.

—No irás a ponerte de parte de Jack en la guerra de los chicos, ¿verdad? —dijo Savanna e hizo un gesto de asco con los labios.

Miré a Ellie, que obviamente había compartido parte de nuestra conversación de la hora de comer con Savanna y Ximena. Se mordió un mechón de pelo y miró hacia otro lado.

—No estoy de parte de Jack —respondí con calma. Abrí mi taquilla y metí la mochila dentro—. Lo único que digo es que creo que esta guerra entre los chicos es una tontería. Todos los chicos se comportan como memos.

—Sí, pero fue Jack quien empezó —dijo Savanna—. ¿O es que te parece bien que le pegase un puñetazo a Julian?

—No, lo que hizo no estuvo bien —contesté mientras sacaba la ropa de baile.

—Entonces ¿cómo puedes estar de parte de Jack? —se apresuró a preguntar Savanna, y repitió el mismo gesto de asco con la boca.

—¿Es porque te gusta? —preguntó Ximena sonriendo maliciosamente.

Ximena, que seguramente no me había dirigido más de treinta palabras en todo el curso, ¿me estaba preguntando si me gustaba Jack?

—No —contesté, pero noté que las orejas se me ponían rojas.

Mientras me sentaba para ponerme las zapatillas levanté la vista para mirar a Ellie. Estaba retorciendo otro mechón de pelo para metérselo en la boca. ¡No me podía creer que les hubiese contado lo de Jack! ¡Qué traidora!

En ese momento la señora Atanabi entró en la sala y dio una palmada para llamar la atención de todo el mundo de un modo algo teatral, como es habitual en ella.

—Muy bien, chicas. Si no habéis firmado en la hoja de la prueba, hacedlo

ahora, por favor —dijo señalando la tablilla con sujetapapeles que había sobre la mesa. Había unas ocho chicas más haciendo cola para firmar—. Y si ya habéis firmado, haced el favor de colocaros en la pista de baile para hacer estiramientos.

—Yo firmaré por ti —le dijo Ximena a Savanna mientras echaba a andar hacia la mesa.

—¿Quieres que firme por ti, Charly? —me preguntó Ellie. Sabía que ese era el modo de comprobar si estaba enfadada con ella. ¡Vaya si lo estaba!

—Ya he firmado —contesté con mucha calma, sin mirarla.

—Pues claro que ha firmado —se apresuró a decir Savanna, poniendo los ojos en blanco—. Charlotte siempre es la primera en firmar.

Donde cuento que me encanta bailar (y por qué)

Voy a clases de baile desde que tenía cuatro años. Ballet. Claqué. Jazz. No porque quiera ser una primera bailarina de mayor, sino porque tengo intención de convertirme en una estrella de Broadway algún día. Para hacerlo hay que aprender a cantar, a bailar y a actuar. Por eso me esfuerzo tanto en las clases de baile. Y en las clases de canto. Me las tomo muy en serio porque sé que algún día, cuando se presente mi gran oportunidad, estaré lista para aprovecharla. ¿Que por qué estaré lista? Porque me he matado a trabajar... ¡toda la vida! La gente cree que las estrellas de Broadway salen de la nada..., ¡pero no es verdad! ¡Practican hasta que les duelen los pies! ¡Ensayan como locas! Si quieres ser una estrella, tienes que estar dispuesta a currártelo más que nadie para alcanzar tus objetivos y hacer realidad tus sueños. Yo lo veo así: un sueño es como un dibujo en tu cabeza que cobra vida. Primero tienes que imaginártelo. Luego tienes que matarte a trabajar para hacerlo real.

Por eso, cuando Savanna dice: «Charlotte siempre es la primera en firmar», por una parte es una especie de cumplido, porque en realidad está diciendo: «Charlotte siempre controla la situación porque se ha matado a trabajar». Pero cuando dice: «Charlotte siempre es la primera en firmar» con esa expresión de asco, en realidad es como si dijera: «Charlotte solo consigue lo que quiere porque es la primera en hacerlo». O al menos así lo interpreto yo. Como un desprecio.

A Savanna se le da muy bien hacer esa clase de desaires; la clave está en los ojos y en las comisuras de los labios. Es una pena, porque antes no era así. En primaria, Savanna, Ellie, Maya, Summer y yo éramos todas amigas. Jugábamos juntas al salir de clase. Merendábamos juntas. Pero desde que empezamos la secundaria —desde que se volvió guay—, Savanna es mucho menos simpática.

Donde cuento cómo presentó su baile la señora Atanabi

—Bueno, señoritas —dijo la señora Atanabi dando una palmada. Nos hizo un gesto para que nos acercásemos a ella—. ¡Todas a la pista de baile, por favor! Ocupad vuestros puestos. Abríos un poco. Hoy os voy a enseñar un par de bailes diferentes de los años sesenta que me gustaría que probaseis. El twist, el hully gully y el mambo. Esos tres. ¿Os parece bien?

Me había colocado detrás de Summer, que me sonrió y me saludó con esa manera tan simpática y alegre que tiene de hacerlo. Cuando era pequeña y aún me gustaban las hadas Flores, pensaba que Summer Dawson era clavada al hada Lavanda. Solo le faltaba haber nacido con unas alas de color violeta.

—¿Desde cuándo te gusta el baile? —le pregunté, porque a Summer nunca la había visto entre el público en los espectáculos de baile.

Summer se encogió de hombros tímidamente.

—He empezado a ir a clases este verano.

—¡Genial! —contesté, y sonreí para animarla.

—Señora Atanabi —dijo Ximena alzando la mano—, ¿para qué es esta prueba?

—¡Ay, madre! —respondió la señora Atanabi dándose un golpe en la frente con los dedos—. Por supuesto. Se me ha olvidado por completo contaros de qué va esto.

A mí siempre me ha encantado la señora Atanabi, con sus largos vestidos, sus pañuelos para el cuello y su moño descuidado. Me encanta que siempre tenga el aspecto de alguien que acaba de regresar de un largo viaje. Eso me gusta. Pero mucha gente la considera rara y extravagante. La manera que tiene de echar la cabeza hacia atrás cuando se ríe. La manera que tiene de hablar sola a veces. Hay quien dice que es clavada a la señora Puff de *Bob Esponja*. Hay quien la llama señora Patanabi a sus espaldas, lo cual me parece bastante cruel.

—Me han pedido que monte una pieza de baile para representarla en la gala benéfica del colegio de secundaria Beecher —explicó—. Eso será a mediados de marzo. Será una actuación que no verán otros alumnos. Es para padres, profesores y antiguos alumnos. Pero es algo grande. ¡Este año va a celebrarse en el Carnegie Hall!

Todas soltamos una exclamación emocionada.

La señora Atanabi se echó a reír.

—¡Ya suponía que os haría ilusión! —dijo—. Estoy adaptando una pieza que coreografié hace años y que, si me lo permitís, obtuvo bastante reconocimiento en

su día. Creo que será muy divertido. ¡Pero habrá que trabajar mucho! Eso me recuerda una cosa: si resultáis elegidas para este baile, supondrá un gran compromiso en lo que a tiempo se refiere. Quiero dejarlo claro desde el principio, chicas. Noventa minutos de ensayo, después de clase, tres días a la semana. Desde ahora hasta marzo. Así que si no podéis comprometeros, no os molestéis en realizar la prueba. ¿Entendido?

—Pero ¿y si tenemos entrenamiento de fútbol? —preguntó Ruby en mitad de un *plié*.

—Chicas, en la vida a veces hay que elegir —contestó la señora Atanabi—. No podéis entrenar al fútbol y participar en este baile. Es así de sencillo. No quiero oír excusas que tengan que ver con trabajos de clase, exámenes ni nada por el estilo. ¡Si faltáis a un solo ensayo ya será demasiado! Recordad: esto no es obligatorio para clase. Nadie os obliga a estar aquí, chicas. Esto no va a servir para subir ninguna nota. Si no os basta con la posibilidad de bailar en uno de los escenarios más famosos del mundo, no hagáis la prueba, por favor. —Extendió el brazo y señaló la puerta—. No voy a enfadarme.

Nos miramos las unas a las otras. Ruby y Jacqueline le sonrieron a la señora Atanabi a modo de disculpa, dijeron adiós con la mano y se marcharon. Me pareció increíble que alguien pudiera hacer algo así. ¿Renunciar a la oportunidad de bailar en el Carnegie Hall? ¡Pero si es tan famoso como Broadway!

La señora Atanabi parpadeó, pero no dijo nada. Luego se frotó la sien, como si intentara librarse de un dolor de cabeza.

—Una última cosa —dijo—: si no resultáis elegidas, por favor, recordad que aún queda el número de baile para el espectáculo de variedades de primavera, y en ese puede participar todo el mundo. Así que si no conseguís plaza en este baile, por favor, no les pidáis a vuestras madres que me escriban un correo electrónico. Solo hay plaza para tres chicas.

—¿Solo tres? —exclamó Ellie, y se tapó la boca con la mano.

—Sí, solo tres —contestó la señora Atanabi, y sonó igual que cuando la señora Puff dice: «Ay, Bob Esponja».

Sabía lo que estaba pensando Ellie: «Por favor, que seamos Ximena, Savanna y yo».

Pero, aunque lo desease, seguramente sabía que las cosas no iban a salir como ella quería. Todo el mundo sabe que Ximena es la mejor bailarina del colegio. La seleccionaron para el curso intensivo de verano en la Escuela de Ballet Americano. Sí, ese es el nivelazo que tiene. Podía preverse con bastante seguridad que Ximena saldría elegida.

Y todo el mundo sabe que Savanna llegó a la final en dos concursos regionales el año pasado, y que acabó bastante bien clasificada en uno nacional..., así que había bastantes probabilidades de que también entrase.

Y todo el mundo sabe que... Bueno, no es que quiera fardar, pero el baile es lo mío, y en mi estantería tengo un montón de trofeos que lo demuestran.

Pero ¿Ellie? Sintiéndolo mucho, no tiene el nivel de Ximena ni de Savanna. Ni el mío. Sí, lleva unos cuantos años bailando, pero siempre ha sido bastante perezosa. No sé, a lo mejor si hubiese habido plaza para cuatro chicas... Pero si solo podían ser tres, no.

Mientras recorría la sala con la mirada para evaluar la competencia, tuve claro que las tres elegidas seríamos Ximena, Savanna ¡y yo! ¡Lo siento, Ellie!

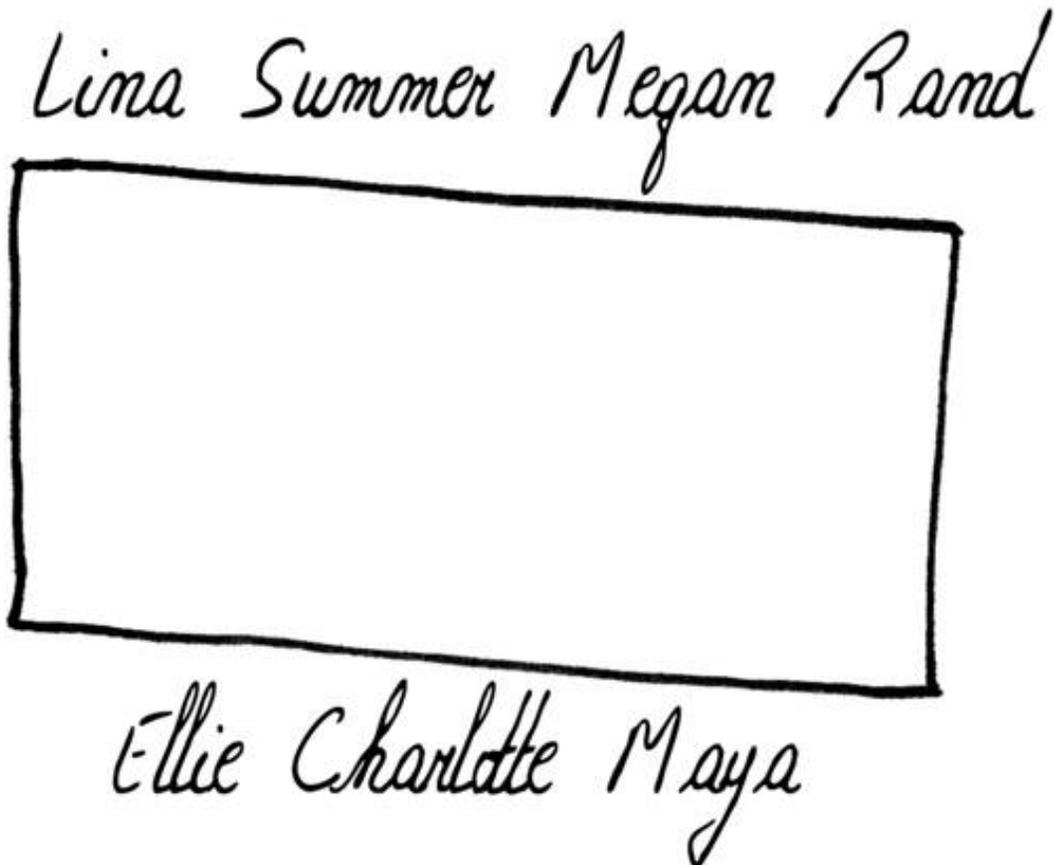
Y quizá, solo quizá, esa sería mi oportunidad para entrar en el grupo de Savanna de una vez por todas. Ellie volvería a ser mi mejor amiga. Savanna podía quedarse con Ximena. Todo acabaría bien.

El twist, el hully gully y el mambo.

Ya lo pillo.

Donde cuento cómo funcionan los diagramas de Venn (Segunda parte)

En secundaria, tu grupo de la mesa del comedor no siempre se corresponde con tu grupo de amigas. Por ejemplo, es posible —en realidad, es muy probable— que acabes en la mesa del comedor con un grupo de chicas de las que eres amiga... pero que no son necesariamente «tus amigas más amigas». ¿Que por qué has acabado en esa mesa? Eso es algo totalmente aleatorio: a lo mejor no había espacio suficiente en la mesa donde se sentaban las chicas con las que de verdad querías sentarte. O a lo mejor simplemente has acabado con ese grupo de chicas por culpa de la clase que tenías justo antes de comer. Eso me pasó a mí. El primer día de clase, Maya, Megan, Lina, Rand, Summer, Ellie y yo estábamos en matemáticas avanzadas con la señora Petosa. Cuando sonó la campana de la hora de comer, bajamos corriendo por la escalera todas juntas. No teníamos muy claro cómo se llegaba al comedor. Cuando por fin lo encontramos, nos sentamos todas en la misma mesa. Fue como si jugáramos a las sillas musicales, con todas peleándonos por un asiento. En teoría, solo podían sentarse seis personas a una mesa, pero conseguimos apretujarnos las siete.



Al principio pensé que aquella era la mejor mesa de todo el comedor. Estaba sentada entre Ellie, mi mejor amiga de primero, y Maya, mi otra mejor amiga de primaria. Estaba sentada enfrente de Summer y Megan, a las que conocía de primaria, aunque no fuéramos necesariamente buenas amigas. Además, conocía a Lina del campamento de verano de Beecher. La única persona a la que no conocía de nada era Rand, pero daba la impresión de ser bastante maja. Así que, en conjunto, parecía una mesa superalucinante.

Pero ese mismo día, Summer cambió de mesa y fue a sentarse con Auggie Pullman. ¡Qué impresión! Estábamos todas allí sentadas, hablando de él y viéndolo comer. Lina dijo algo con muy mala leche que no pienso repetir y, antes de que nos diéramos cuenta, Summer, sin decirle nada a nadie, cogió su bandeja con la comida y echó a andar hacia él. ¡Aquello no se lo esperaba nadie! Recuerdo que Lina puso la cara de quien está viendo un accidente de coche.

—¡No te quedes mirándolos! —le dije.

—No me puedo creer que Summer esté comiendo con él —susurró, horrorizada.

—No es para tanto —contesté, poniendo los ojos en blanco.

—Entonces ¿por qué no comes tú con él? —me dijo—. ¿No se supone que eras su amiga de bienvenida?

—Eso no implica que tenga que sentarme con él durante la comida —me apresuré a contestar.

Me arrepentí de haberle contado a alguien que el señor Traseronian me había elegido para ser una de las amigas de bienvenida de Auggie. Sí, para mí era un honor que me lo hubiese pedido, igual que a Julian y a Jack..., pero tampoco quería que me lo estuviesen restregando por la cara.

Todo el mundo estaba haciendo lo mismo que nosotras: mirar fijamente a Auggie y a Summer mientras comían juntos. Solo llevábamos unas horas en secundaria, pero la gente ya había empezado a llamarlo Chico Zombi y Monstruo.

«La Bella y el Monstruo», susurraba la gente refiriéndose a Summer y Auggie.

¡No pensaba permitir que la gente cuchichease sobre mí a mis espaldas! ¡Ni hablar!

—Además —le dije a Lina mientras me comía la ensalada César —, me gusta esta mesa. No quiero cambiar de sitio.

Y era cierto. ¡Vaya si me gustaba aquella mesa!

Bueno, al menos al principio.

Luego, a medida que las fui conociendo a todas un poco mejor, me di cuenta de que quizá no tenía tanto en común con ellas como me hubiera gustado. Resultó que Lina, Megan y Rand eran todas superdeportistas (Maya jugaba al fútbol, pero nada más). Había todo un mundo de partidos de fútbol, competiciones de natación en equipo y «partidos fuera de casa» del que Ellie y yo no sabíamos qué decir. Además, todas habían elegido la optativa de orquesta, mientras que Ellie y yo habíamos elegido coro. Por último, a ellas no les gustaban muchas de las cosas que a nosotras nos encantaban. Nunca veían *La Voz*, ni *American Idol*. No les chiflaban las estrellas de cine ni las películas antiguas. ¡Nunca habían visto *Los miserables*, madre mía! A ver, ¿cómo iba a tener una relación seria de amistad con alguien que no tenía ningún interés en ver *Los miserables*?

Pero mientras pudiese hablar con Ellie, y Maya estuviese para completar el grupo, no tenía ningún problema. Las tres hablábamos de cosas que nos interesaban en nuestro lado de la mesa, y Megan, Lina y Rand hablaban de cosas que les interesaban a ellas en su lado de la mesa. Luego, entre todas comentábamos las cosas que teníamos en común: los trabajos para clase, los deberes, los profesores, los exámenes, la bazofia que servían en el comedor.

Por eso aquella situación me parecía bien. ¡Hasta que Ellie se cambió de mesa!

Ahora estoy yo sola. Con Maya.

En realidad, con Maya solo me gustaba hablar cuando estaba Ellie. Bueno, con ella siempre puedes jugar una emocionante partida a los cuadraditos.

Veréis, no es que esté enfadada con Ellie por haberse cambiado de mesa. De verdad que no la critico por eso. Desde que nos enteramos de que Amos estaba colado por ella, fue como si hubiese recibido un pase gratis para entrar en el grupo de las chicas guais. Savanna le había pedido que se sentase con ellas en su mesa del comedor, y lo organizó todo para que Amos y Ellie se sentasen juntos. Así era como se juntaban todas las «parejas» del curso. Ximena y Miles, Savanna y Henry y, ahora, Amos y Ellie. En grupitos cerrados. Los chicos guais con las chicas guais. Era normal que quisieran estar todos juntos. ¡En nuestro curso nadie más sale con nadie, ni nada

que se le parezca! Sé de buena tinta que las chicas de mi mesa siguen comportándose como si los chicos tuvieran piojos. Por lo que veo, parece que casi todos los chicos hacen como si las chicas no existieran.

Por eso entiendo perfectamente que Ellie se cambiase de mesa. De verdad que sí. No pienso cabrearme con ella, como hace Maya. No tiene que ser fácil que te inviten a una mesa mejor. No hay vuelta atrás.

No me queda otra que esperar sentada, hablar con Maya y confiar en que algún día Savanna me pida que me siente a la mesa de las chicas guais.

Mientras tanto, dibujo diagramas de Venn y juego un montón a los cuadraditos.



Donde cuento cómo se formó un nuevo subgrupo

Al día siguiente, justo antes de la hora de comer, esta nota estaba clavada con

chinchetas en el tablón de anuncios que hay junto a la biblioteca:

Enhorabuena a las chicas de la lista. Habéis sido elegidas para participar en el número de baile de los años sesenta de la señora Atanabi. He colgado un horario de ensayos en la página web. ¡Marcad los días en vuestro calendario! No se aceptarán faltas ni excusas. El primer ensayo será mañana a las cuatro de la tarde en el salón de actos. ¡NO SE OS OCURRA LLEGAR CON RETRASO!

SEÑORA ATANABI

Ximena Chin

Charlotte Cody

Summer Dawson

¡Hala! ¡Me habían seleccionado! ¡¡¡Viva!!! Cuando leí mi nombre en la lista me alegré mucho. Me puse supercontenta. ¡Eufórica! ¡Yuju!

Nos habían seleccionado a mí, a Ximena y a... ¿Summer?

¿Cóóómo? ¿A Summer? ¡Menuda sorpresa! ¡Estaba segurísima de que elegirían a Savanna! A ver... Summer acababa de empezar a ir a clases de baile. ¿De verdad lo había hecho mejor que Savanna?

Vaya tela. No alcanzaba a imaginarme lo enfadada que podía estar Savanna. Me juego algo a que el gesto de asco se le extendió por toda la cara al ver aquella lista. ¿Y qué pasaba con Ellie? Estaba segura de que para ella había sido un alivio. Le habría costado mucho estar a la altura de Ximena y Savanna; además, a Ellie nunca le había apasionado de verdad el baile. Siempre he pensado que solo le gustaba porque me gustaba a mí. Me alegró pensar que así ya le iba bien. En el fondo, aunque no lo parezca por cómo se comporta, sigue siendo mi mejor amiga.

¡Y también me alegraba por mí! Porque, aunque tenía la esperanza de acercarme un poco más al grupo de Savanna, también me estresaba un poco que Savanna y Ximena pudieran hacerme el vacío.

¡Pero que Summer estuviera en el grupo con Ximena iba a ser alucinante! Tal vez el poder combinado de mi simpatía y de la simpatía de Summer haría que Ximena se pasase a nuestro bando. Como mínimo, podría evitar que fuese la chica desagradable que todo el mundo piensa que es. No es que yo piense que es

desagradable. De hecho, apenas la conozco. En cualquier caso, me puso muy contenta que Summer fuera la tercera chica seleccionada para el baile. Casi no pude parar de sonreír en todo el día.

Donde cuento que vi a Savanna

A la hora de comer me apretujé junto a Maya y Rand, que estaban concentradas en otro de los gigantescos juegos de cuadraditos de Maya, cada vez más elaborados.

—¡Bueno! —exclamé, muy contenta—. ¡Buenas noticias, chicas! ¡Me han elegido para participar en el baile de los años sesenta de la señora Atanabi para la gala benéfica de marzo! ¡Viva!

—¡Viva! —contestó Maya sin levantar la vista del juego de cuadraditos—. ¡Genial, Charlotte!

—¡Viva! —repitió Rand—. Enhorabuena.

—A Summer también la han cogido.

—Guay, me alegro por ella —dijo Maya—. Summer me cae bien. Es muy simpática.

Rand, que estaba marcando una fila de cuadrados que acababa de cerrar con su inicial, miró a Maya y sonrió.

—¡Quince! —exclamó.

—¡Argh! —contestó Maya rechinando los dientes. Acababan de ponerle un corrector y se pasaba el día haciendo movimientos raros con la boca.

Les lancé la goma de borrar.

—Estáis jugando una intensa partida de cuadraditos —dije con sorna.

—¡Ja, ja! —contestó Maya apoyándose en mi hombro—. Tiene tanta gracia que se me ha olvidado reírme.

—Las de la mesa de las chicas malas te están mirando —dijo Rand.

—¿Cómo? —pregunté.

Maya y yo nos dimos la vuelta para comprobarlo, pero Savanna, Ximena, Gretchen y Ellie se giraron cuando miré hacia donde estaban.

—¡Estaban hablando de ti! —exclamó Maya, y les lanzó una mirada asesina a través de sus gafas de pasta negra.

—Déjalo, Maya —le dije.

—¿Por qué? Me da igual —contestó—. Deja que me vean.

Les enseñó los dientes como si fuera un hurón rabioso.

—¡Deja de mirarlas, Maya! —susurré entre dientes.

—Vale —dijo.

Retomó su colosal partida de cuadraditos con Rand, y yo me concentré en comerme los raviolis. Hubo un momento en el que noté que una mirada me perforaba la espalda, así que me giré para echar otro vistazo a la mesa de Savanna. Esta vez, Ximena, Gretchen y Ellie hablaban entre ellas, totalmente ajenas a mí. ¡Pero Savanna me estaba fulminando con los ojos! Y no apartó la vista cuando nuestras miradas se cruzaron, sino que siguió mirándome fijamente. Y entonces, justo antes de apartar la vista, me sacó la lengua. Sucedió tan rápido que nadie más pudo haberlo visto. ¡Me pareció tan infantil que casi no podía ni creérmelo!

Entonces comprendí que me había equivocado al reflexionar sobre la tercera plaza que Summer había ocupado en la pieza de baile de la señora Atanabi. Yo pensaba que esa plaza debería haber sido para Savanna y no para Summer. ¡Pero Savanna no pensaba que ese puesto se lo había quitado Summer, sino yo! «Charlotte siempre es la primera en firmar», había dicho.

¡Savanna me acusaba a mí de haberle robado la plaza del baile que le correspondía por derecho propio!

Donde cuento que empezamos con mal pie

Durante el día siguiente, la amenaza de una tormenta de nieve tuvo a todo el mundo confundido e inseguro, ya que se comentaba que el colegio cerraría antes de la hora si nevaba tanto como anunciaba el parte meteorológico. Por suerte —lo último que deseaba en el mundo era que se cancelase nuestro primer ensayo—, no empezó a nevar hasta última hora de la tarde y nevó mucho menos de lo que habían pronosticado. Cuando sonó el timbre del final de las clases, fui al salón de actos lo más rápido que pude. Teniendo en cuenta que la señora Atanabi había amenazado a quien llegase tarde, no me sorprendió que Summer y Ximena ya estuviesen allí.

Nos saludamos y nos pusimos la ropa de baile. Al principio se me hizo un poco raro. Nunca nos habíamos juntado las tres solas. Pertenecíamos a grupos diferentes y éramos una especie de versión de los mamíferos, los reptiles y los peces. Summer y yo solo coincidíamos en una clase y, como ya he dicho, a Ximena apenas la conocía. La conversación más larga que habíamos tenido se remontaba a diciembre y había sido en clase de la señorita Rubin, cuando me preguntó —sin el menor remordimiento— si no me importaría cambiar de compañero para que ella pudiera tener de compañera a Savanna. Así fue como acabé haciendo el trabajo de la exposición de ciencias con Remo, pero esa es otra historia que no vale la pena contar.

Empezamos a calentar y a realizar estiramientos para hacer tiempo. ¡La señora Atanabi llevaba ya casi media hora de retraso!

—¿Pensáis que va a ser así siempre? —preguntó Ximena en pleno *battement*—. ¿Que la señora Atanabi va a llegar tarde?

—A las clases de teatro nunca llega puntual —le respondí.

—Sí, ¿verdad? —contestó Ximena—. Eso es lo que me temo.

—A lo mejor ha pillado un atasco por culpa de la nieve —dijo Summer, que no perdía la esperanza—. Está empezando a nevar con más fuerza.

Ximena hizo una mueca.

—Sí, a lo mejor necesita un trineo tirado por perros —se apresuró a contestar.

—¡Ja, ja, ja! —me reí yo.

Pero noté que me había salido una risa un poco tonta.

«Dios mío, por favor, no me dejes quedar como una boba delante de Ximena Chin.»

La verdad era que Ximena Chin me ponía un poco nerviosa. No sé por qué exactamente. Era tan guay, tan guapa y tan perfecta en todo... Qué bien se liaba la bufanda al cuello, qué bien le quedaban los vaqueros, qué bien se recogía el pelo en una trenza. ¡Todo en ella era perfecto!

Recuerdo que cuando Ximena empezó el curso en Beecher, todo el mundo quería ser amiga suya. ¡Incluida yo! Estoy segura de que ella no se acordará, pero fui yo quien la ayudó a encontrar su taquilla el primer día de clase. Y fui yo quien le prestó un lápiz en la tercera hora (que nunca me devolvió, ahora que lo pienso). Pero fue Savanna quien se convirtió en su mejor amiga. Savanna se fijó en ella en el primer nanosegundo del curso y, a partir de ese momento, se acabó. Fue como el Big Bang de las amistades. Explotó y creó un universo instantáneo de miradas cómplices, risitas, ropa y secretos compartidos.

Después de aquello, ya no tuve ocasión de conocer a Ximena un poco mejor. A decir verdad, ella tampoco hizo muchos esfuerzos por abrirse a nadie que no fuese del grupo de Savanna. A lo mejor pensó que no tenía por qué hacerlo. La gente decía que era una esnob.

Yo lo único que sabía era que nadie hacía la extensión de pierna tan bien como ella, que nadie sacaba mejores notas en clase y que era sarcástica. O sea, que hacía muchos «comentarios ingeniosos» sobre la gente a sus espaldas. Había unas cuantas —Maya, por ejemplo— que no la soportaban, pero yo estaba deseando conocerla mejor. ¡Y hasta hacerme amiga suya, si era posible! Y reírme con sus pullas sarcásticas. Pero lo que más, más, más deseaba era caerle bien.

—Espero que nos compense la inversión de tiempo —dijo Ximena—. ¡Este mes hay un montón de cosas que hacer! ¿Qué me decís del trabajo para la exposición de ciencias?

—Yo aún no he empezado el mío —contestó Summer.

—¡Ni yo! —añadí, aunque no era verdad: Remo y yo habíamos acabado nuestro diorama de una célula la primera semana después de las vacaciones de Navidad.

—Quiero estar segura de que podemos ensayar el tiempo suficiente para este baile —dijo Ximena mirando el móvil—. No quiero actuar en el Carnegie Hall y parecer una idiota total solo porque no hemos ensayado suficiente... Y todo porque la señora Atanabi es demasiado extravagante para llegar puntual a los ensayos.

—¿Sabéis qué? —comenté, intentando que pareciese que le daba poca importancia—, si alguna vez necesitamos un sitio donde ensayar, aparte del colegio, podéis venir a mi casa. En el sótano tengo una pared con espejos y una barra. Hace tiempo mi madre daba clases de ballet en casa.

—¡Ya me acuerdo de tu sótano! —exclamó Summer, muy contenta—. ¡Una vez celebraste allí tu cumpleaños y recuerdo que todo estaba decorado con cosas de las hadas Flores!

—Fue en segundo —contesté, algo avergonzada de que nombrase a las hadas Flores delante de Ximena.

—¿Vives lejos de aquí? —me preguntó Ximena mientras pasaba con el dedo los mensajes de texto en el móvil.

—A diez manzanas.

—Vale, envíame un mensaje con tu dirección —dijo.

—¡Claro! —contesté mientras me apresuraba a sacar el móvil y pensaba: «Voy a mandarle un mensaje con mi dirección a Ximena Chin», como la grandísima idiota que soy—. Eh..., perdona, ¿me das tu número?

No levantó la vista del móvil, pero me enseñó la palma de la mano, como un guardia de tráfico. Allí, en vertical, estaba escrito su teléfono con tinta de bolígrafo azul. Metí su número en mis contactos y le envié un mensaje con la dirección.

—¿Sabéis qué? —dije mientras tecleaba—, si queréis, podéis venir mañana después de clase. Podemos empezar a ensayar.

—Vale —masculló Ximena con indiferencia, y a punto estuve de pegar un grito. «¡Ximena Chin va a ir mañana a mi casa!»

—Yo no puedo —dijo Summer, y entornó los ojos a modo de disculpa—. Mañana he quedado con Auggie.

—¿Y el viernes? —pregunté.

—Yo no puedo —contestó Ximena. Ya había acabado de escribir un mensaje y levantó la vista.

—¿Qué tal la semana que viene? —dije.

—Ya se nos ocurrirá algún otro momento —respondió Ximena con indiferencia, y empezó a pasarse los dedos por el pelo—. Se me había olvidado que eras amiga del Monstruo —le dijo a Summer con una sonrisa—. ¿Qué se siente?

Creo que lo dijo sin intención de resultar desagradable. Era la manera que tenía mucha gente de referirse instintivamente a Auggie Pullman.

Miré a Summer. «No digas nada», pensé.

Pero sabía que lo diría.

Donde cuento que nadie se enfada con el hada Lavanda

Summer dejó escapar un suspiro.

—¿Podrías hacer el favor de no llamarlo así? —preguntó, casi con timidez.

Ximena hizo como que no lo entendía.

—¿Por qué no? Si no está aquí —dijo mientras se recogía el pelo en una coleta—. Solo es un mote.

—Pues es un mote horrible —contestó Summer—. Me hace sentir fatal.

Con Summer Dawson pasa una cosa: tiene una manera de hablar que le permite decir cosas así y que a nadie le importe. ¿Qué habría pasado si yo hubiese dicho algo parecido? Ni hablar, todo el mundo se me habría echado encima y me habría criticado por ser una santita. Pero cuando lo hace el hada Lavanda, con sus bonitas cejas arqueadas a modo de sonrisas en la frente, no suena nada sermoneadora. Parece dulce, y ya está.

—Ah, vale. Perdona —contestó Ximena disculpándose, con los ojos como platos—. De verdad que no tenía intención de ofender a nadie, Summer. Te prometo que no volveré a llamarlo así.

Al decirlo, pareció que lo lamentaba de verdad, pero mostraba la típica expresión que siempre te hace preguntarte si estará siendo sincera al cien por cien. Creo que es por el hoyuelo que tiene en la mejilla izquierda, que la hace parecer maliciosa.

Summer la miró con recelo.

—No pasa nada.

—Lo siento de verdad —insistió Ximena. Parecía que estuviese intentando que no se le notase el hoyuelo.

Summer sonrió.

—Tranqui —dijo.

—Ya lo he dicho antes y volveré a decirlo —contestó Ximena dándole un

pequeño apretón a Summer—. De verdad que eres una santa, Summer.

Por un segundo sentí una punzada de celos: a Ximena parecía caerle muy bien Summer.

—Yo también pienso que nadie debería llamarlo Monstruo —dije distraídamente.

Aquí tengo que hacer un inciso y decir algo en mi defensa: ¡NO TENGO NI IDEA DE POR QUÉ DIJE ESO! ¡Esa estúpida secuencia de palabras se me escapó, me salió disparada de la boca como si fuera vómito! Inmediatamente me di cuenta de lo odiosa que me hacía parecer lo que acababa de decir.

—O sea, que tú nunca lo has llamado así —dijo Ximena arqueando una ceja. Por cómo me miraba, parecía que estuviese desafiándome a parpadear.

—Pues... eh... —contesté. Noté cómo se me ponían rojas las orejas.

«No, siento mucho haberlo dicho. ¡No me odies, Ximena Chin!»

—Dime una cosa —se apresuró a decir—: ¿saldrías con él?

No me esperaba la pregunta y por un momento no supe qué contestar.

—¿Qué? ¡No! —respondí inmediatamente.

—Exacto —dijo ella, como si acabase de demostrar algo.

—Pero no por su aspecto —contesté, aturullada—, sino porque no tenemos nada en común.

—¡Anda ya! —exclamó Ximena, y se echó a reír—. Eso no es verdad.

No sabía adónde quería ir a parar.

—¿Y tú, saldrías con él? —pregunté.

—Claro que no —contestó con mucha calma—. Pero yo no soy ninguna hipócrita.

Miré a Summer, que me devolvió una mirada que parecía decir: «Au, eso ha

dolido».

—Mira, no quiero ser desagradable —prosiguió Ximena con toda naturalidad—, pero cuando dices que nunca lo llamarías Monstruo me haces parecer imbécil, porque obviamente yo acabo de llamarlo así, y eso me molesta porque todo el mundo sabe que el señor Traseronian te pidió que fueses su amiga de bienvenida y por eso no lo llamas Monstruo como todos los demás. Summer se hizo amiga suya sin que nadie la obligase a ser su amiga de bienvenida, y por eso es una santa.

—No soy ninguna santa —se apresuró a contestar Summer—. Y tampoco creo que Charlotte lo hubiese llamado así aunque el señor Traseronian no le hubiese pedido que fuese su amiga de bienvenida.

—¿Lo ves? Incluso ahora te comportas como una santa —dijo Ximena.

—Creo que no lo habría llamado Monstruo —respondí con calma.

Ximena se cruzó de brazos y me miró con una sonrisa de complicidad.

—¿Sabes?, eres más simpática con él cuando hay profesores delante —dijo muy seria—. Nos hemos fijado.

Antes de que me diese tiempo a contestar —aunque no tenía ni idea de qué podía responder a aquello—, la señora Atanabi entró de sopetón en el salón de actos por la puerta doble que hay al fondo del auditorio.

—¡Siento mucho llegar tarde! ¡Siento mucho llegar tarde! —exclamó jadeando, cubierta de nieve. Mientras bajaba las escaleras acarreando cuatro bolsas llenas a reventar, parecía un muñequito de nieve.

Ximena y Summer echaron a correr escaleras arriba para ayudarla, pero yo me di media vuelta y salí al pasillo. Hice como que bebía agua de la fuente, aunque lo que de verdad necesitaba era respirar aire helado, porque las mejillas me ardían como si se hubiesen prendido. Me sentía como si me acabasen de dar una bofetada en la cara. Por la ventana del pasillo vi que estaba empezando a nevar con fuerza y, en parte, me entraron ganas de salir corriendo y alejarme patinando sobre hielo.

¿De verdad me veían así los demás? ¿Pensaban que era una falsa, una hipócrita o yo qué sé? ¿O era simplemente cosa de Ximena y de su sarcasmo habitual?

«Eres más simpática con él cuando hay profesores delante. Nos hemos fijado.»

¿Era verdad? ¿Alguien se había fijado en eso? Quiero decir, ¿en un par de ocasiones había sido especialmente simpática con Auggie Pullman porque sabía que así el señor Traseronian se enteraría de que estaba siendo una buena amiga de bienvenida? Puede ser. ¡No lo sé!

Pero aunque hubiese sido así, ¡yo al menos puedo decir que he sido simpática con él! ¡Eso es más de lo que puede decir casi todo el mundo! ¡Es más de lo que puede decir Ximena! Aún recuerdo el día en que la pusieron de pareja de Auggie en clase de baile y parecía que estaba a punto de vomitar. ¡Yo nunca le he hecho nada así a Auggie!

Vale, a lo mejor soy un poco más simpática con Auggie cuando hay profesores delante. ¿Tan horrible es eso?

¿«Nos hemos fijado»? ¿Y eso qué significa? ¿Quién se ha fijado? ¿Savanna? ¿Ellie? ¿Eso es lo que dicen de mí? ¿De eso hablaban el día anterior en el comedor, cuando era tan evidente que estaban comentando sobre mí que hasta a Maya —que es una torpe social— le di pena?

Daba por hecho que Ximena Chin ni siquiera sabía quién era yo y resultaba que «se había fijado» en mí. Más de lo que me habría gustado.

Donde cuento cómo me llevé la primera sorpresa del día

Volví a entrar en el salón de actos, mientras la señora Atanabi acababa de despojarse de todas sus capas invernales. Su abrigo, su bufanda y su jersey estaban tirados por el suelo, que estaba mojado por la nieve que había traído consigo.

—¡Madre mía, madre mía! —repetía una y otra vez mientras se daba aire con las dos manos—. Está empezando a nevar de lo lindo.

Se dejó caer en el banco del piano que había en la parte frontal del escenario para recobrar el aliento.

—¡Madre mía, con lo poco que me gusta llegar tarde!

Vi que Ximena y Summer intercambiaban una mirada de complicidad.

—Cuando era pequeña —prosiguió la señora Atanabi, que hablaba como una cotorra; había gente a la que le gustaba esa manera de hablar y había gente que pensaba que la hacía parecer una loca—, mi madre nos cobraba un dólar a mi hermana y a mí cada vez que llegábamos tarde a algo. Así, como suena: cada vez que llegaba tarde, aunque fuese a cenar, ¡tenía que pagarle un dólar a mi madre! — Se echó a reír y comenzó a rehacerse el moño, sosteniendo un par de horquillas entre los dientes mientras hablaba—. ¡Cuando tu paga para toda la semana es de solo tres dólares, aprendes a administrarte el tiempo! ¡Por eso estoy condicionada a que no me guste llegar tarde!

—Y aun así —señaló Ximena sonriendo con malicia—, hoy ha llegado tarde. A lo mejor deberíamos cobrarle un dólar a partir de ahora.

—¡Ja, ja, ja! —La señora Atanabi rió afablemente mientras se quitaba las botas—. Sí, he llegado tarde, Ximena. Y no es mala idea. ¡A lo mejor debería daros un dólar a cada una!

Ximena se echó a reír, dando por hecho que se trataba de una broma.

—De hecho —prosiguió la señora Atanabi cogiendo el bolso—, creo que a partir de ahora voy a daros un dólar a cada una cada vez que llegue tarde a un ensayo. ¡Eso me obligará a ser puntual!

Summer me dirigió una mirada socarrona. Empezábamos a darnos cuenta de que la señora Atanabi, que acababa de sacar la cartera, lo decía en serio.

—No, señora Atanabi —dijo Summer, negando con la cabeza—. No tiene por qué hacerlo.

—¡Ya lo sé! Pero voy a hacerlo de todos modos —contestó la señora Atanabi, sonriente—. Este es el planteamiento: me comprometo a daros un dólar a cada una cada vez que llegue tarde a un ensayo, si vosotras os comprometéis a darme un dólar a mí cada vez que lleguéis tarde a un ensayo.

—¿Tiene permiso para hacer eso? —le preguntó Ximena con incredulidad—. ¿Puede aceptar dinero de un alumno?

Eso mismo me preguntaba yo.

—¿Y por qué no? —contestó la señora Atanabi—. Estáis en un colegio privado. ¡Os lo podéis permitir! Seguramente, más que yo. —Esta última frase la dijo entre dientes. Acto seguido, soltó una carcajada.

La señora Atanabi era famosa por reírse de sus propios chistes. No te quedaba más remedio que acostumbrarte.

Sacó tres billetes nuevecitos de un dólar de la cartera y los levantó para que los viéramos.

—¿Qué me decís, chicas? ¿Trato hecho?

Ximena nos miró a Summer y a mí.

—Sé que nunca voy a llegar tarde —nos dijo.

—¡Yo tampoco! —contestó Summer.

Me encogí de hombros. Aún no me atrevía a mirar a Ximena a los ojos.

—Ni yo —añadí.

—¡Pues trato hecho! —exclamó la señora Atanabi—. Para ti, *mademoiselle* —le dijo a Ximena al entregarle un flamante billete de un dólar.

—*Merci!* —respondió Ximena, y nos dedicó una sonrisa que hice como que no veía.

Entonces la señora Atanabi se nos acercó a Summer y a mí.

—Para ti y para ti —dijo dándonos un dólar a cada una.

—Que Dios bendiga a América —contestamos las dos al unísono.

Un momento. ¿Cómo?

Nos miramos la una a la otra, boquiabiertas y con los ojos como platos. De repente, lo que había sucedido durante la última media hora pareció perder toda importancia..., si lo que creía que acababa de pasar había pasado de verdad.

—¿El hombre del acordeón? —susurré emocionada.

Summer dio un grito ahogado y asintió con la cabeza, muy contenta.

—¡El hombre del acordeón!

Donde cuento cómo viajamos a Narnia

Es curioso: puedes conocer a alguien toda tu vida sin llegar a conocerlo en absoluto. Llevaba todo este tiempo viviendo en un mundo paralelo al de Summer Dawson, una chica simpática que conocía desde preescolar y de la que siempre he pensado que parece el hada Lavanda. ¡Pero nunca hemos sido amigas de verdad! No por nada, simplemente las cosas han sucedido así. Igual que Ellie y yo estábamos destinadas a ser amigas porque la señora Diamond nos hizo sentarnos juntas el primer día de clase, Summer y yo estábamos destinadas a no conocernos mejor porque nunca coincidíamos en las mismas clases. Salvo en educación física, natación, la asamblea, los conciertos y cosas así, nuestros caminos no se cruzaron en primaria. Nuestras madres tampoco eran amigas, por eso nunca fuimos a jugar la una a casa de la otra. Es verdad que la invité a mi fiesta de cumpleaños de las hadas Flores, pero fue porque Ellie y yo pensábamos que se parecía al hada Lavanda. Coincidíamos en alguna fiesta de cumpleaños que alguien celebraba en la bolera, o cuando nos quedábamos a dormir unas cuantas en casa de alguien y tal. Éramos amigas en Facebook. Teníamos un montón de amigos en común. Nos llevábamos bien.

Pero nunca habíamos sido amigas de verdad.

Por eso cuando dijo: «Que Dios bendiga a América» fue casi como si la viese por primera vez en toda mi vida. ¡Imaginaos que descubríis que alguien más en el mundo conoce un secreto que solo vosotros sabéis! Era como si de un momento a otro se hubiese construido un puente invisible que nos ponía en contacto a las dos. O como si hubiésemos encontrado una puerta diminuta al fondo de un armario y un fauno que tocaba el acordeón nos hubiese dado la bienvenida a Narnia.

Donde cuento cómo me llevé la segunda sorpresa del día

Antes de que Summer y yo pudiésemos seguir hablando del hombre del acordeón, la señora Atanabi se frotó las manos y dijo que ya era hora de ponerse «manos a la obra». Nos pasamos el resto del tiempo del ensayo, ya que solo quedaba media hora, escuchando a la señora Atanabi, que nos dio una perspectiva general del baile mientras consultaba de vez en cuando la previsión meteorológica en el móvil. En realidad no llegamos a bailar: solo dimos unos pasos básicos y trabajamos la colocación en el escenario.

—¡Ya entraremos en materia el próximo día! —nos aseguró la señora Atanabi—. ¡Os prometo que no llegaré tarde! ¡Nos vemos el viernes! ¡Abrigaos!

¡Tened cuidado al volver a casa!

—¡Adiós, señora Atanabi!

—¡Adiós!

En cuanto se fue, Summer y yo nos pegamos como imanes mientras hablábamos, muy emocionadas.

—No me puedo creer que sepas de quién estoy hablando —dije.

—¡Que Dios bendiga a América! —contestó.

—¿Tienes idea de qué fue de él?

—¡No! Pregunté por ahí y todo.

—¡Y yo! Nadie sabe qué le ha pasado.

—¡Es como si hubiera desaparecido de la faz de la Tierra!

—¿Quién ha desaparecido de la faz de la Tierra? —preguntó Ximena mirándonos con curiosidad. Supongo que, por cómo estábamos gritando, debía de parecer que acababa de suceder algo muy importante.

Yo aún estaba intentando mantener las distancias con ella por lo que había pasado antes, así que dejé que contestara Summer.

—Un tipo que tocaba el acordeón en Main Street —dijo Summer—, delante del A&P, en la esquina con Moore Avenue. Uno que estaba siempre con su perro lazarillo. Seguro que has tenido que verlo. Siempre que le echabas dinero en la funda del acordeón, decía: «Que Dios bendiga a América».

—Que Dios bendiga a América —dije al mismo tiempo que ella.

—El caso es que estaba allí desde hace una eternidad —prosiguió—, pero hace un par de meses desapareció.

—¡Y nadie sabe qué le ha pasado! —añadí—. Es un misterio.

—Espera. ¿Estáis hablando de una persona sin hogar? —preguntó Ximena,

poniendo la misma cara de asco que pone Savanna a veces.

—No sé si Gordy tiene casa o no, la verdad —contestó Summer.

—¿Sabes cómo se llama? —pregunté, sorprendidísima.

—Claro —respondió con toda naturalidad—. Gordy Johnson.

—¿Cómo lo sabes?

—No sé. Mi padre hablaba con él —contestó, encogiéndose de hombros—. Era un veterano de guerra, y mi padre era marine. Siempre decía: «Ese hombre es un héroe, Summer. Sirvió a su país». A veces le llevábamos café y una rosquilla de camino al colegio. Mi madre le dio la antigua parka de mi padre.

—Espera, ¿era una parka naranja de Canada Goose? —dije, señalando a Summer.

—¡Sí! —contestó ella, muy contenta.

—¡Me acuerdo de esa parka! —grité agarrándola de las manos.

—¡Madre mía, chicas! Estáis flipando —comentó Ximena entre risas—. ¿Todo esto es por un tipo sin hogar que lleva una parka naranja?

Summer y yo nos miramos.

—Es difícil explicarlo —dijo Summer, pero noté que ella también podía sentir la conexión que se había establecido entre nosotras. Nuestro vínculo. Era nuestra versión del Big Bang.

—¡Madre mía, Summer! —exclamé agarrándola del brazo—. ¡A lo mejor podríamos intentar encontrarlo! ¡Podríamos averiguar dónde está y comprobar si se encuentra bien! ¡Si sabes cómo se llama, seguro que podemos hacerlo!

—¿Tú crees? —preguntó Summer. Parecía que le bailaban los ojos. Se le ponían así siempre que estaba supercontenta—. ¡Me encantaría!

—Esperad, esperad, esperad —dijo Ximena, negando con la cabeza—. ¿Vais en serio? ¿Queréis encontrar a un tipo sin hogar al que apenas conocéis? —Hablaban como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—Sí —contestamos a coro y nos miramos muy contentas.

—¿Alguien que apenas os conoce?

—¡A mí sí me conocerá! —respondió Summer con seguridad—. Sobre todo si le digo que soy hija del sargento Dawson.

—¿Y a ti te conocerá, Charlotte? —me preguntó Ximena mirándome con recelo, con los ojos entornados.

—¡Claro que no! —me apresuré a contestar. Deseaba que se callase—. ¡Es ciego, idiota!

En cuanto lo dije, se hizo el silencio. Hasta el radiador del salón de actos, que había estado haciendo un montón de ruido, se calló de repente. Parecía que toda la sala quería oír el eco de mis palabras.

«Es ciego, idiota. Es ciego, idiota. Es ciego, idiota.»

Había vuelto a vomitar palabras. ¡Parecía que estaba intentando caerle mal a Ximena Chin!

Esperé a que me respondiese con un comentario sarcástico, algo con lo que darme una bofetada en la cara con una mano invisible.

Pero no. Para mi grandísimo asombro, se echó a reír.

Summer también se echó a reír.

—¡Es ciego, idiota! —dijo imitando a la perfección mi manera de decirlo.

—¡Es ciego, idiota! —repitió Ximena.

Las dos se partieron de risa. Creo que la cara de horror que puse hizo que les pareciera más gracioso. Cada vez que me miraban, se reían con más ganas.

—Siento mucho haberte dicho eso, Ximena —susurré.

Ximena negó con la cabeza y se secó los ojos con la palma de la mano.

—No pasa nada —contestó recobrando el aliento—. Me lo tenía merecido.

Lo dijo sin el menor asomo de sarcasmo. Estaba sonriendo.

—Mira, antes no he querido insultarte —dijo—. Con lo que he dicho sobre Auggie. Ya sé que no solo eres simpática con él cuando hay profesores delante. Siento mucho haberlo dicho.

No me podía creer que estuviese disculpándose.

—No pasa nada —contesté, tartamudeando.

—¿De verdad? —preguntó—. No quiero que te enfades conmigo.

—¡Claro que no!

—A veces soy una estúpida —dijo con pesar—. Pero quiero que seamos amigas.

—Vale.

—¡Oooh! —exclamó Summer abriendo los brazos—. Venid, chicas. Abrazo de grupo.

Nos envolvió con sus alas de hada y, por unos segundos, nos fundimos en un torpe abrazo que duró más de la cuenta y acabó en más risas. Esa vez yo también me reí.

Aquella resultó ser la mayor sorpresa del día. No hablo de enterarme que había gente que se había fijado en mí, ni de que Summer sabía cómo se llamaba el hombre del acordeón, sino de comprender que Ximena Chin, por debajo de capas y más capas de sarcasmo y malicia, podía ser bastante dulce. Cuando no intentaba resultar desagradable, claro.

Donde cuento cómo llegamos a conocernos mejor

¡Las siguientes semanas pasaron volando! Tengo un recuerdo borroso de tormentas de nieve, ensayos de baile y trabajos para la exposición de ciencias, además de tener que estudiar para los exámenes e intentar resolver el misterio de qué había sido de Gordy Johnson (luego sigo hablando de este tema).

¡La señora Atanabi resultó ser una sargento! Encantadora, con sus andares de pato, pero muy mandona. Para ella, nunca ensayábamos suficiente. Ejercicios, ejercicios y más ejercicios. ¡*En pointe!* ¡Shimmy! ¡Movimientos de cadera! ¡Ballet clásico! ¡Danza moderna! ¡Un poco de jazz! ¡Nada de claqué! ¡*Demi-pointe!* Pero todo a su manera, porque tenía un montón de rarezas muy específicas de cada baile. Cosas con las que estaba obsesionada. Los bailes en sí no eran difíciles. El twist. El monkey. El watusi. El pony. El hitchhike. El swim. El hucklebuck. El shingaling. Lo difícil era hacerlos exactamente como ella quería: como parte de una coreografía más amplia. Y hacerlos sincronizadas. Eso era a lo que más tiempo le dedicábamos. A cómo movíamos los brazos. A cómo chasqueábamos los dedos. A la primera posición. A los saltos. ¡Teníamos que esforzarnos en aprender a bailar «parecido», no solo «juntas»!

El baile que más nos absorbía era el shingaling. Era la pieza central del número de baile de la señora Atanabi, lo que empleaba para pasar de un estilo de baile al siguiente. Pero había tantas variaciones del shingaling —el latino, el R&B, el funk— que era difícil no confundirlas. Además, la señora Atanabi era muy exigente con cómo se bailaba cada uno. Hay que ver, lo laxa que podía ser con algunas cosas —como, por ejemplo, no llegar puntual a un solo ensayo— y luego qué estricta era con otras: ¡más te valía no hacer un *chassé* diagonal en lugar de un *chassé* de lado! ¡Oh, oh! ¡Cuidado, podría ser el fin del mundo tal como lo conocemos!

Ojo, que no estoy diciendo que la señora Atanabi no fuera simpática. Seré sincera: era supersimpática. Nos tranquilizaba si teníamos algún problema con un paso nuevo: «¡Pasito a pasito, chicas! ¡Todo empieza pasito a pasito!». Nos sorprendía con unos *brownies* después de un ensayo especialmente intenso. Nos llevaba a casa en coche cuando hacía que nos quedáramos ensayando hasta tarde. Nos contaba historias graciosas de otros profesores. E historias personales de su propia vida. Nos contó que se había criado en Harlem. Y que algunas de sus amigas habían ido por «mal» camino. Y que ver el show de televisión *American Bandstand* le había salvado la vida. Y que había conocido a su marido, que también era bailarín, mientras actuaba con el Cirque du Soleil en Quebec: «Nos enamoramos haciendo arabescos sobre la cuerda floja a nueve metros de altura».

Pero todo era muy intenso. ¡Cuando me acostaba por la noche tenía muchísima información dándome vueltas en la cabeza! Fragmentos de música. Cosas que memorizar. Ecuaciones matemáticas. Listas de tareas pendientes. A la señora Atanabi diciendo con su suave acento del East Harlem: «¡Es el shingaling, nena!». A veces me ponía los auriculares para ahogar el ruido de tanta cháchara en mi cabeza.

Pero me lo estaba pasando tan bien que no habría cambiado nada. La mejor parte de aquella locura de ensayos, de los ejercicios de la señora Atanabi y de todo lo demás —y no quiero que suene cursi— era que Ximena, Summer y yo estábamos empezando a conocernos mejor. Vale, esto ha sonado cursi. Pero ¡es que es verdad! No estoy diciendo que nos hiciésemos amigas íntimas ni nada de eso. Summer seguía relacionándose con Auggie, Ximena seguía relacionándose con Savanna, y yo seguía jugando a los cuadraditos con Maya. Pero estábamos haciéndonos amigas. Amigas de verdad.

Por cierto, el sarcasmo de Ximena era totalmente fingido; algo de lo que podía desprenderse siempre que lo deseaba. Como una bufanda que usas como complemento hasta que empieza a picarte el cuello. Cuando estaba con Savanna llevaba puesta la bufanda. Con nosotras se la quitaba. Con esto no quiero decir que a veces no siguiera poniéndome nerviosa estar cerca de ella. ¡Madre mía! ¿Y la primera vez que vino a mi casa? ¡Estaba hecha un desastre! Me ponía nerviosa que mi madre fuese a hacerme pasar vergüenza. Me ponía nerviosa que los animales de peluche de mi cama fuesen demasiado rosados. Me ponía nerviosa el póster de *Big Time Rush* que tenía pegado en la puerta de mi habitación. Me ponía nerviosa que mi perra, Suki, fuera a mearse encima de ella.

Por supuesto, todo salió bien. Ximena fue superamable. Me dijo que tenía una habitación guay. Se ofreció a lavar los platos después de cenar. Se rió de una foto especialmente graciosa en la que salgo yo con tres años, pero no me importó, porque en ella parezco una de esas marionetas que se hacen con un calcetín. En algún momento de la tarde, ya no recuerdo cuándo, dejé de pensar: «¡Ximena Chin está en mi casa! ¡Ximena Chin está en mi casa!», y empecé a pasármelo bien. Fue algo importante para mí por lo que tuvo de momento crucial: dejé de comportarme como una idiota cuando estaba con Ximena. Se acabó lo de vomitar palabras. Supongo que fue entonces cuando yo también me quité la «bufanda».

El caso es que febrero fue un mes intenso, pero alucinante. Y para finales de febrero nos reuníamos en mi casa casi a diario al salir de clase, bailábamos delante de la pared con espejos, corregíamos nuestros errores y hacíamos coincidir nuestros

movimientos. Cuando nos cansábamos, o nos desanimábamos, una de las tres decía con el acento de la señora Atanabi: «¡Es el shingaling, nena!», y eso nos daba fuerzas para seguir.

A veces no ensayábamos. A veces nos relajábamos en el salón, junto a la chimenea, haciendo los deberes juntas. O pasando el rato. De vez en cuando, buscábamos a Gordy Johnson.

Donde cuento que prefiero los finales felices

Una de las cosas que más echo de menos de ser una niña pequeña es que, cuando eres pequeña, todas las películas que ves tienen un final feliz. Dorothy vuelve a Kansas, Charlie consigue la fábrica de chocolate, Edmund repara sus errores. Eso me gusta. Me gustan los finales felices.

Pero a medida que te vas haciendo mayor empiezas a ver que a veces las historias no tienen un final feliz. A veces, hasta tienen un final triste. Claro que eso permite que la narración sea más interesante, porque no sabes qué va a pasar. Pero también da un poco de miedo.

En fin, que si saco el tema es porque cuanto más buscábamos a Gordy Johnson, más consciente era de que esa historia podría no tener un final feliz.

Habíamos empezado a buscar *googleando* su nombre, pero resulta que hay cientos de Gordy Johnson, Gordon Johnson y Gordie Johnson. Hay un músico de jazz famoso llamado Gordy Johnson (pensamos que eso podría explicar el rumor que el hombre de la óptica había oído sobre nuestro Gordy Johnson). Hay Gordon Johnson políticos. Hay Gordon Johnson trabajadores de la construcción. Y veteranos de guerra. Y muchas necrológicas. Internet no distingue entre los nombres de los vivos y los nombres de los muertos. Cada vez que pinchábamos en uno de esos nombres, respirábamos aliviadas al comprobar que no se trataba de «nuestro» Gordy Johnson, pero también nos ponía tristes saber que se trataba de algún otro Gordy Johnson.

Al principio, Ximena no se animó a buscar con nosotras. Se ponía a hacer los deberes o a escribirle mensajes a Miles en un rincón de la habitación, mientras Summer y yo nos sentábamos frente a mi portátil y visitábamos una página tras otra de callejones sin salida. Pero un buen día Ximena acercó su silla a las nuestras y se puso a mirar por encima de nuestros hombros.

—A lo mejor deberíais intentar buscar en imágenes —sugirió.

Y eso fue lo que hicimos. Llegamos a otro callejón sin salida, pero después de aquel día a Ximena empezó a interesarle tanto como a nosotras qué podía haberle sucedido a Gordy Johnson.

Donde cuento cómo descubrí algo sobre Maya

Mientras tanto, en el colegio, todo seguía su curso normal. En la exposición de ciencias, Remo y yo sacamos un notable alto por nuestro diorama de una célula.

Es más de lo que esperaba, teniendo en cuenta el poco tiempo que le había dedicado a ese trabajo. Ximena y Savanna construyeron un reloj de sol. Pero el trabajo más interesante fue probablemente el de Auggie y Jack. Era una lámpara que funcionaba con la energía que recibía de una patata. Supongo que Auggie hizo casi todo el trabajo, ya que Jack nunca fue lo que podríamos llamar un «alumno superdotado», pero estaba como unas castañuelas por haber sacado un sobresaliente. ¡Estaba supermono! Como un emoticono contento pero despistado.



Este era mi emoticono cuando lo vi: 😊 .

Para finales de febrero, la guerra entre los chicos se había intensificado. Summer me iba contando todo lo que pasaba, ya que tenía información privilegiada desde el punto de vista de Auggie y de Jack. Al parecer —me hizo prometer que no diría nada—, Julian había empezado a dejar unas notas muy desagradables en pósits amarillos en las taquillas de Jack y Auggie.

¡Me dieron mucha pena!

A Maya también le daban mucha pena. Se había obsesionado con la guerra entre los chicos, aunque al principio yo no sabía muy bien por qué. ¡Tampoco es que hubiese intentado en ningún momento hacerse amiga de Auggie! Y siempre le había parecido que Jack era un memo. En la época en que Ellie y yo hablábamos de lo mono que estaba con su chistera de Artful Dodger, Maya se metía los dedos en los oídos y se ponía bizca, como si el mero hecho de pensar en él ya le provocase rechazo. Por eso me figuré que su interés en la guerra tenía que ver con el hecho de que, por rara que fuese, Maya tenía buen corazón.

Un día, a la hora de comer, la vi muy concentrada elaborando una especie de lista y entendí por qué se preocupaba tanto. En su libreta, donde diseña sus juegos de cuadraditos, tenía tres filas de pósits pequeños con los nombres de todos los chicos de la clase. Los estaba clasificando en columnas: el bando de Jack, el bando de Julian y los neutrales.

—Creo que a Jack le ayudará saber que no está solo en esta guerra —me explicó.

Entonces lo entendí: ¡Maya estaba un poco colada por Jack Will! ¡Oooh, qué bonito!

—Guay —contesté, porque no quería que se sintiese cohibida.

La ayudé a organizar la lista. No nos poníamos de acuerdo sobre algunos de los neutrales, pero al final me dio la razón. Luego copió la lista a una hoja de papel y la dobló por la mitad, luego en cuatro, luego en ocho, luego en dieciséis.

—¿Qué vas a hacer con ella? —le pregunté.

—No lo sé —dijo poniéndose bien las gafas—. No quiero que caiga en malas manos.

—¿Quieres que se la dé a Summer?

—Sí.

Le entregué la lista a Summer para que ella, a su vez, se la diese a Jack y a Auggie. Creo que Summer pensó que la lista la había hecho yo, pero no la saqué de su error porque, al fin y al cabo, había ayudado a Maya a elaborarla, así que me parecía bien.

—¿Cómo va la cosa del baile? —me preguntó Maya ese mismo día con su tono de voz monótono.

Sabía que solo intentaba ser educada, ya que no le importaba un pimiento, pero a mí me daba igual. Al menos se esforzaba en parecer interesada.

—¡Una locura! —contesté mientras le daba un bocado al sándwich—. ¡La señora Atanabi está como una auténtica cabra!

—Ja. La señora Locatanabi —dijo Maya.

—Sí —contesté—. Esa es buena.

—¡Es como si te hubieras pasado todo el mes de febrero hibernando! —dijo Maya—. Apenas te he visto. Ya nunca vuelves andando a casa con nosotras después de clase.

Asentí.

—Ya lo sé. Últimamente estamos ensayando a la hora de comer, pero ya no falta mucho, solo unas cuantas semanas: la gala es el 15 de marzo.

—«Guárdate de los idus de marzo» —dijo.

—¡Sí, claro! Ya —contesté, aunque no tenía ni idea de qué me estaba hablando.

—¿Quieres ver los bocetos para mi nuevo y colosal juego de cuadraditos?

—Claro —dije, y respiré hondo.

Sacó la libreta y se lanzó a darme una explicación detallada de cómo había dejado de utilizar patrones de cuadrícula y ahora utilizaba dibujos artísticos con tiza para crear murales. Así, al hacer los cuadraditos, tendrían «un flujo dinámico». O algo así. La verdad es que me estaba costando entender lo que me decía. Lo único que oí con seguridad fue cuando dijo:

—Aún no me he traído mi nuevo juego de cuadraditos al colegio porque quiero estar segura de que el día que lo traiga estarás para jugar.

—Ah, guay —contesté, rascándome la cabeza. No me podía creer hasta qué punto me aburría el tema.

Se puso a decirme algo más sobre los cuadraditos, y miré a la mesa de Summer para distraerme. Jack, Auggie y ella se estaban riendo. Una cosa estaba clara: ¡no estaban hablando de cuadraditos! A veces deseaba con todas mis fuerzas tener el valor necesario para sentarme con ellos.

Luego miré la mesa de Savanna. Ellas también estaban riéndose y pasándolo bien. Savanna, Ellie, Gretchen y Ximena hablaban con los chicos de la mesa de al lado: Julian, Miles, Henry y Amos.

—¿A que es horrible? —dijo Maya al ver hacia dónde estaba mirando.

—¿Ellie? —pregunté, porque era a quien observaba en ese momento.

—No, Ximena Chin.

Me giré para mirar a Maya. Sabía que no soportaba a Ximena, pero por algún motivo me sorprendió el tono de indignación con que lo había dicho.

—¿Qué tienes tú contra Ximena Chin? —pregunté—. Fue Ellie quien pasó de nosotras, ¿recuerdas? Es Savanna quien no ha sido nada simpática con nosotras.

—Eso no es verdad —replicó Maya—. Savanna siempre ha sido simpática conmigo. Cuando estábamos en primaria continuamente quedábamos para jugar la una en casa de la otra.

Negué con la cabeza.

—Ya, Maya, pero eso no cuenta —dije—. La mitad de las veces eran nuestras madres las que quedaban. Ahora somos nosotras las que decidimos con quién queremos relacionarnos. Savanna ha decidido que no quiere relacionarse con nosotras. Y Ellie ha decidido que no quiere relacionarse con nosotras. Igual que nosotras hemos decidido no relacionarnos con otra gente. No es para tanto. Pero, desde luego, la culpa no la tiene Ximena Chin.

Maya miró por encima de las gafas hacia la mesa de Savanna. Al verla me di cuenta de que seguía teniendo el mismo aspecto que en preescolar, cuando jugaba a la pelota en el patio o buscaba hadas en el parque al atardecer.

En cierto modo, Maya no había crecido tanto desde entonces. Su cara, sus gafas y su pelo eran casi idénticos a como eran antes. Ahora era más alta, claro, pero casi todo lo demás seguía igual. Sobre todo las caras que ponía. Eran idénticas.

—No, antes Ellie era simpática conmigo —contestó, muy segura—. Y Savanna también. Toda la culpa la tiene Ximena Chin.

Donde cuento que en febrero ganamos dinero

¡A finales de febrero habíamos ganado treinta y seis dólares!

La señora Atanabi había llegado tarde a todos los ensayos.

A todos y cada uno.

Tanto era así que ya entraba en el ensayo con billetes nuevecitos de un dólar en la mano para dárnoslos. ¡Llegaba, se ponía a hablar, nos repartía el dinero sin reconocerlo y empezaba la clase de baile! Era como si estuviese pagando el precio de la entrada. Como si pagase para que la dejásemos pasar por la puerta. ¡Qué gracia!

En algún momento, a mediados de mes, ella misma propuso subir la cantidad

de la multa por llegar tarde de un dólar a cinco dólares. Nos aseguró que eso haría que no volviese a llegar tarde en el futuro.

Por supuesto, tampoco funcionó. En lugar de llegar al ensayo con billetes nuevecitos de un dólar en la mano, llegaba con billetes nuevecitos de cinco dólares y los dejaba sobre nuestras mochilas, que estaban junto a la puerta, sin mediar palabra. El precio de la entrada.

Flap. Flap. Flap.

—Que Dios bendiga a América.

Hasta Ximena lo decía ya.

Donde cuento que Ximena se enteró de una cosa

Ascension trasciende

Por Melissa Crotts, NYT *MuseTech*, febrero de 1978

Ascension, en su estreno mundial en el teatro Nelly Regina, es el apabullante debut de la coreógrafa Petra Echevarri, recientemente graduada en Juilliard y ganadora del Princess Grace Award. Una cautivadora reinterpretación de los bailes de moda de los años sesenta —vistos en Kodachrome, a través de la lente de la infancia que la autora pasó en el barrio neoyorquino de Harlem—, la pieza es un homenaje fascinante y jubiloso a las canciones pegadizas que sonaban en discos rayados de aquella década, condenadas ya al olvido. Rebosante de increíbles saltos y pasos innovadores que no dejan traslucir la formación clásica de la señorita Echevarri, la obra toma un estilo de baile en concreto, el shingaling, y crea una narrativa visual en la que se entreteje el resto de la obra.

«Elegí el shingaling como la pieza central de este baile —explica Echevarri— porque es el único de los bailes de moda de aquella época que evolucionó con el paso de los años para reflejar los estilos y géneros musicales de los músicos y los bailarines que lo interpretaban. Hay muchos tipos de shingaling: latino, soul, R&B, funk, psicodélico y rock and roll. Es el único baile que comparten todos esos géneros, lo que todos tienen en común.

»Al crecer en los sesenta, la música lo era todo para mis amigas y para mí. No tenía dinero para clases de baile. El programa televisivo *American Bandstand* fue mi profesor de baile. Y los bailes de moda de aquella época fueron mi entrenamiento.»

Echevarri no empezó su formación académica en danza hasta los doce años, pero una vez comenzada, ya no hubo vuelta atrás. «En cuanto entré en Artes Interpretativas y luego en Juilliard —recuerda Echevarri—, supe que podía conseguirlo, a pesar de tenerlo todo en contra. Ninguna de mis amigas del barrio lo logró. No es fácil salir de Harlem.»

Cuando le preguntamos por qué eligió el shingaling como el tema principal de su baile, Echevarri se pone nostálgica: «Hace un par de años, más o menos un mes antes de graduarme en Juilliard, asistí al funeral de una amiga de la infancia, una de esas chicas que acudían a mi casa a ver *Bandstand*. Hacía años que no la veía, pero había oído que estaba mal, que se había juntado con malas compañías. El caso es que su madre me vio en el funeral y me dijo que su hija me había hecho un regalo de graduación. ¡No tenía ni idea de qué podía ser!».

Echevarri nos enseña una cinta de casete. «Aquella chica me había grabado todas las canciones de shingaling de nuestra infancia. Estaban todas. “Chinatown”, de Justi Barreto. “Shingaling Shingaling”, de Kako and His Orchestra. “Sugar, Let’s Shing-A-Ling”, de Shirley Ellis. “I’ve Got Just the Thing”, de Lou Courtney. “Shing-A-Ling Time, Baby!”, de las Liberty Belles. “El Shingaling”, de los Lat-Teens. “Shing-A-Ling!”, de Arthur Conley. “Shing-A-Ling!”, de Audrey Winters. “Nobody but Me”, de los Human Beinz. Una lista increíble de canciones. Algunas no sé ni cómo consiguió grabarlas, pero cuando oí esas piezas, supe que crearía un baile inspirado en ellas.»

Las tres bailarinas de la pieza, todas recientemente graduadas en Juilliard, aportan un vocabulario inconfundible al montaje y hacen vivir a los espectadores una experiencia que es al mismo tiempo optimista y alegre, sin caer en sentimentalismos facilones. Esta falta de artificio se debe tanto al entusiástico arreglo de las canciones, que se engarzan a la perfección, como a la conmovedora narración de Echevarri. Danza moderna en su máxima expresión.

Donde cuento cómo nos escribimos mensajes

Jueves, 21.18 horas

XIMENA CHIN: Habeis visto el articulo k os he enviado?

CHARLOTTE CODY: Hala! ESA es la sra Atanabi?

XIMENA CHIN: :) ;-O Increible, eh?

CHARLOTTE CODY: Stas segura? Quien es Petra Echevarrrarara?

XIMENA CHIN: Es su apellido de soltera. Es ella! En serio. Anoche estaba googleando Gordy Johnson y me aburri y me puse a googlear Petra Atanabi.

SUMMER DAWSON: Acabo de leer el articulo. Increible! Es NUESTRO baile!!! Ascension!

XIMENA CHIN: Ya lo se! Lo flipaaas!

CHARLOTTE CODY: En esa foto parece superjoven y guapa.

SUMMER DAWSON: Oooh. K maja, Ximena!

XIMENA CHIN: ?????

SUMMER DAWSON: Por googlear Gordy Johnson.

XIMENA CHIN: Si, bueno, yo tb tengo curiosidad. Quiero saber k le ha pasado.

CHARLOTTE CODY: No deberia decirlo, pero mi madre cree k a lo mejor esta...

SUMMER DAWSON: Oh no!!! Mi madre tb lo piensa.

XIMENA CHIN: Lo siento, chicas. A lo mejor tengo que darles la razon...??????

CHARLOTTE CODY: DEP Gordy Johnson?????? 😞

SUMMER DAWSON: Noooooo!!!!!!

CHARLOTTE CODY: No me lo creo.

SUMMER DAWSON: Ni yo.

XIMENA CHIN: Ok. No e dicho na.

SUMMER DAWSON: Keeeeee?

CHARLOTTE CODY: 😊😊😊😊😊

XIMENA CHIN: No tiene nada k ver, pero quereis quedaros a dormir en mi casa mñna noche?

CHARLOTTE CODY: Si! Se lo pregunto a mi madre. Ahora vuelvo.

SUMMER DAWSON: Suena guay. Nosotras solas?

XIMENA CHIN: Si. Venis a las 6?

SUMMER DAWSON: OK.

CHARLOTTE CODY: Mi madre dice que vale, si estan tus padres.

XIMENA CHIN: Claro.

CHARLOTTE CODY: Mi unidad parental, que esta ahora mismo violando mi espacio personal y leyendo mi mensaje por encima del hombro, quiere que acabe los deberes. Me abro. Nos vemos mañana. Buenas noches.

SUMMER DAWSON: Buenas noches!

XIMENA CHIN: Hasta mañana! K llegue ya! Bss

Donde cuento que fuimos a casa de Ximena Chin

Era la primera vez que íbamos a casa de Ximena. Hasta entonces siempre habíamos quedado en mi casa o en el piso de Summer.

Ximena vivía en uno de esos edificios altos, de lujo, que hay al otro lado del parque. Era un edificio con portero, muy diferente a los edificios que estaba acostumbrada a ver en North River Heights, donde casi todos son antiguas casas adosadas o pequeños edificios de apartamentos con más de cien años. El piso de Ximena era ultramoderno. El ascensor llegaba directamente hasta la casa.

—¡Hola! —dijo Ximena, que estaba esperándonos en el vestíbulo.

—¡Hola! —contestamos a coro.

—¡Hala, esto es precioso! —exclamó Summer mirando a su alrededor mientras soltaba su saco de dormir en el pasillo—. ¿Tenemos que quitarnos los zapatos?

—Claro. Gracias —contestó Ximena, y nos cogió los abrigos—. No me lo puedo creer, ya está nevando otra vez.

Solté mi saco de dormir junto al de Summer y me quité las botas. Una mujer a la que no conocía de nada llegó procedente del salón.

—Os presento a Luisa —dijo Ximena—. Ellas son Summer y Charlotte. Luisa es la canguro.

—Hola —saludamos al unísono.

Luisa nos sonrió.

—Encantada de conoceros —dijo en inglés, titubeando, y a continuación añadió algo en un español rapidísimo a Ximena, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza y le dijo: «Gracias».

—¿Hablas español? —pregunté, asombrada, mientras seguíamos a Ximena a la cocina.

Ximena se echó a reír.

—¿No lo sabíais? Ximena es un nombre español. ¿Queréis beber algo?

—¡Yo pensaba que era chino! —contesté sinceramente—. Agua, gracias.

—Y yo —añadió Summer.

—Mi padre es chino —explicó mientras llenaba dos vasos de agua del grifo que había en la puerta de la nevera—. Mi madre es española. Es de Madrid. Yo nací allí.

—¿En serio? —pregunté—. Qué guay.

Nos puso los vasos de agua delante, y Luisa trajo una bandeja llena de cosas para picar.

—¡*Muchas gracias!* —le dijo Summer a Luisa en español.

—*Muchas gracias* —repetí con mi horrible acento americano.

—Sois muy amables —dijo Ximena mientras mojaba un palito de zanahoria en una pequeña tarrina de *hummus*.

—Entonces ¿te criaste en Madrid? —pregunté.

Aparte de bailar, los caballos y *Los miserables*, lo que más me gusta en esta vida es viajar. No es que haya viajado mucho... por ahora. De momento solo hemos ido una vez a la Bahamas, a Florida y a Montreal, pero mis padres siempre están planeando llevarnos a Europa algún día. Cuando sea una estrella de Broadway, tengo pensado hacerme viajera profesional.

—No, no me crié allí —contestó Ximena—. Bueno, paso allí los veranos..., menos el verano pasado, cuando hice el curso intensivo de ballet aquí. Pero no me crié en Madrid. Mi padre y mi madre trabajan para la ONU, así que he vivido en muchos sitios. —Mordió el palito de zanahoria. Crunch—. Dos años en Roma, y antes vivimos en Bruselas, y un año en Dubái, cuando yo tenía cuatro, pero de eso no me acuerdo.

—¡Hala! —exclamó Summer.

—Qué guay —dije.

Ximena se puso a dar golpecitos en su vaso con el palito de zanahoria.

—No está mal —contestó—. Pero también puede ser bastante duro. Siempre mudándonos de aquí para allá. Siempre soy la nueva en el colegio.

—Ah, claro —dijo Summer, comprensiva.

—Pero he sobrevivido —contestó Ximena sarcásticamente—. No voy a quejarme —añadió, y volvió a morder el palito de zanahoria.

—¿Y hablas otros idiomas? —pregunté.

Como tenía la boca llena, respondió levantando tres dedos y medio. Después de tragar, entró en detalles:

—Inglés, porque siempre he ido a colegios americanos. Español. Italiano. Y un poco de mandarín, por mi abuela.

—¡Qué guay! —contesté.

—No paras de decir «qué guay» —señaló Ximena.

—Qué poco guay —repliqué, y eso la hizo reír.

Luisa se acercó a Ximena para preguntarle algo.

—Luisa quiere saber qué os gustaría cenar —tradujo Ximena.

Summer y yo nos miramos.

—Nos vale cualquier cosa —le dijo Summer a Luisa educadamente—. Por favor, no te compliques.

Luisa arqueó las cejas y sonrió, mientras Ximena se lo traducía. Luego se inclinó hacia delante y le dio un pellizco cariñoso a Summer en la mejilla.

—*¡Qué chica tan guapa!* —dijo, y entonces me miró a mí—. *Y esta parece una muñequita.*

Ximena se echó a reír.

—Dice que eres muy guapa, Summer. Y que tú, Charlotte, pareces una

muñeca.

Miré a Luisa, que sonreía y asentía.

—¡Oooh! —exclamé—. Qué amable.

Y se fue para prepararnos la cena.

—Mis padres llegarán sobre las ocho —dijo Ximena, y nos hizo un gesto con la mano para que la siguiéramos.

Nos enseñó el resto del piso, que parecía salido de una revista. Todo era blanco: el sofá, la alfombra... ¡Si hasta había una mesa blanca de ping-pong en el salón! Me ponía un poco nerviosa la posibilidad de cometer alguna torpeza —no es nada raro en mí— y derramar algo sin querer.

Por el pasillo llegamos a la habitación de Ximena, que probablemente era la habitación más grande que he visto nunca (sin contar los dormitorios de matrimonio). Mi habitación, que compartía con Beatrix, debía de ser una cuarta parte de la habitación de Ximena.

Summer se plantó en mitad de la habitación y dio la vuelta muy despacio para fijarse en todo.

—Vale, esta habitación es tan grande como mi salón y mi cocina juntos —dijo.

—¡Hala! —exclamé al acercarme a los ventanales, que llegaban desde el suelo hasta el techo—. ¡Desde aquí se ve el Empire State!

—¡Es el piso más precioso que he visto en mi vida! —dijo Summer mientras se sentaba en la silla del escritorio de Ximena.

—Gracias —contestó Ximena asintiendo mientras miraba a su alrededor. Parecía un poco incómoda—. Sí, bueno, solo llevamos aquí desde el verano, así que aún no lo veo como si fuera mi casa, pero... —Se dejó caer en la cama.

Summer se acercó rodando con la silla hasta el enorme tablón de corcho que había detrás del escritorio de Ximena, lleno de pequeñas fotos, dibujos, citas y refranes.

—¡Vaya, un precepto del señor Browne! —dijo señalando un papel con el

precepto de septiembre del señor Browne.

—Es mi profesor favorito del mundo entero —contestó Ximena.

—¡Y el mío! —dije yo.

—Qué foto tan mona, esa en la que sales con Savanna —comentó Summer.

Me acerqué para ver qué era lo que estaba señalando. Entre las decenas de fotografías pequeñas en las que salían conocidos de Ximena, la mayoría de la gente que no nos sonaba de nada, había unas fotos de fotomatón de Ximena y Savanna... y otras de Ximena con Miles, Savanna con Henry, y Ellie con Amos. Tengo que reconocer que se me hizo raro ver la foto de Ellie allí colgada. Era como si la viese bajo una luz diferente. Como si resultase evidente que tenía una nueva vida.

—Tengo que haceros una foto a las dos para colgarla —dijo Ximena.

—No me lo puedo creer —exclamó Summer con el lindo tono de reproche de un hada, señalando una foto del tablón—. ¡Ximena!

Tardé un segundo en darme cuenta de que «no me lo puedo creer» no lo había dicho como respuesta a lo que Ximena acababa de decir.

—Perdón —contestó Ximena con cara de culpabilidad.

Al principio no vi dónde estaba el problema, ya que se trataba de nuestra foto de clase. Entonces me di cuenta de que encima de la cara de Auggie había un diminuto pósit amarillo con una cara triste dibujada.

Ximena despegó el pósit de la foto.

—Fueron Savanna y los chicos, haciendo el tonto —dijo a modo de disculpa.

—Eso es casi tan feo como la foto que la madre de Julian retocó con Photoshop —contestó Summer.

—Fue hace mucho tiempo. Se me había olvidado que estaba ahí —dijo Ximena. Estaba tan acostumbrada a verle el hoyuelo en la mejilla izquierda que ya nunca confundía cuándo hablaba en serio y cuándo en broma. Yo diría que la expresión de su cara en aquel momento era de arrepentimiento—. En realidad, creo que Auggie es increíble.

—Pero si nunca hablas con él —dijo Summer.

—Que no me sienta cómoda en su presencia no significa que no lo admire —explicó Ximena.

En ese momento alguien llamó a la puerta, que estaba abierta. Luisa llevaba en brazos a un niño pequeño; se notaba que acababa de despertarse de la siesta. Tendría unos tres o cuatro años y era clavadito a Ximena, salvando el hecho de que resultaba evidente que tenía síndrome de Down.

—¡Hola, Eduardito! —dijo Ximena sonriendo de oreja a oreja. Abrió los brazos para recibir a su hermano pequeño, y Luisa dejó que lo cogiese—. Estas son *mis amigas*. Esta es Charlotte y esta es Summer. Salúdalas. Di «Hola» —Cogió la mano de Eduardito y la movió para saludarnos.

Summer y yo le devolvimos el saludo. Eduardito, que aún estaba medio dormido, nos miró somnoliento, mientras Ximena le daba besos por toda la cara.

Donde cuento que jugamos a Verdad o Acción

—El día que me enteré de que mi padre había muerto —dijo Summer.

Las tres estábamos tumbadas en nuestros sacos de dormir sobre el suelo de la habitación de Ximena. Las luces del techo estaban apagadas, pero las bombillitas de Navidad con forma de chiles rojos que había colgadas por toda la habitación hacían que las paredes tuviesen un resplandor rosado en la oscuridad. Nuestros pijamas parecían de color rosa. Nuestras caras parecían de color rosa. Era la iluminación perfecta para contar secretos y para hablar de cosas de las que nunca hablarías a plena luz del día. Estábamos jugando a Verdad o Acción, y en la carta que había cogido Summer ponía: «¿Cuál ha sido el peor día de tu vida?».

Tuve el impulso de devolver la carta a su sitio y pedirle que cogiese otra, pero no pareció importarle contestar a la pregunta.

—Estaba en clase de la señora Bob cuando mi madre y mi abuela fueron a buscarme —prosiguió en voz baja—. Pensé que iban a llevarme al dentista, porque esa misma mañana se me había caído un diente. Pero en cuanto nos subimos al coche, mi abuela se echó a llorar. Entonces mi madre me contó que acababan de enterarse de que mi padre había muerto en acto de servicio. «Ahora papá está en el cielo», me dijo, y todas nos echamos a llorar en el coche. Con lagrimones de esos que no puedes evitar que te caigan. —Mientras hablaba, jugueteaba con la cremallera de su saco, sin mirarnos—. En fin, que ese ha sido el peor día de mi vida.

Ximena negó con la cabeza.

—Me cuesta imaginar qué es lo que se siente en ese momento —dijo en voz baja.

—Y a mí —añadí.

—Lo recuerdo todo muy borroso —contestó Summer mientras tiraba de la cremallera—. De su funeral, por ejemplo, no me acuerdo. Nada de nada. Lo único que recuerdo de aquel día es que estaba leyendo un libro ilustrado sobre dinosaurios. Había un dibujo de un meteorito surcando el cielo por encima de los triceratops, y pensé que la muerte de mi padre era algo así. Como la extinción de los dinosaurios. Un meteorito te cae en el corazón y lo cambia todo para siempre. Pero sigues viva, tienes que seguir.

Logró desatascar la cremallera y tiró de ella hasta cerrar el saco.

—En fin... —comenzó a decir.

—Yo me acuerdo de tu padre —dije.

—¿Sí? —preguntó sonriendo.

—Era alto —contesté—. Y tenía una voz muy grave.

Summer asintió. Saltaba a la vista que estaba contenta.

—Mi madre me contó que todas las madres pensaban que era muy guapo —dije.

Summer abrió los ojos como platos.

—Oooh.

Volvimos a quedarnos calladas unos segundos. Summer se puso a arreglar los montoncitos de cartas.

—Vale, ¿a quién le toca? —preguntó.

—Creo que a mí —contesté, e hice girar la ruleta.

Señaló «Verdad», así que cogí una carta de ese montoncito.

—Esta es muy cutre —dije, y leí en voz alta—: «¿Qué superpoder te gustaría tener y por qué?».

—Tiene gracia —replicó Summer.

—Me gustaría volar, claro —contesté—. Así podría ir a cualquier sitio y recorrer el mundo volando. Podría ir a todos los lugares donde ha vivido Ximena.

—Yo creo que a mí me gustaría ser invisible —dijo Ximena.

—A mí, no —contesté—. ¿Para qué? ¿Para oír lo que todo el mundo dice a mis espaldas y saber que todo el mundo piensa que soy una falsa?

—¡Oh, no! —exclamó Ximena entre risas—. Otra vez, no.

—Era broma, ¿sabes?

—¡Ya lo sé! —dijo—. Pero que conste que nadie piensa que seas una falsa.

—Gracias.

—Solo una farsante.

—¡Ja!

—Pero es verdad que te preocupa demasiado lo que la gente piensa de ti —dijo, más o menos en serio.

—Ya lo sé —contesté, también en serio.

—Vale. Te toca, Ximena —dijo Summer.

Ximena hizo girar la ruleta. Señaló «Verdad». Cogió una carta, la leyó en silencio y soltó un gemido.

—«Si pudieses salir con cualquier chico de tu colegio, ¿con quién saldrías?» —leyó en voz alta, y se tapó la cara con la mano.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿No saldrías con Miles?

Ximena se echó a reír y negó con la cabeza, avergonzada.

—¡Hala! —exclamamos Summer y yo señalándola—. ¿Con quién? ¿Con quién? ¿Con quién?

Ximena siguió riéndose. No era fácil apreciarlo en la penumbra, pero estoy segura de que se había puesto roja.

—¡Si os lo cuento, tenéis que contarme quién os gusta a vosotras! —dijo.

—No es justo, no es justo —contesté.

—¡Sí es justo! —replicó.

—¡Vale!

—Con Amos —respondió, y dejó escapar un suspiro.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Summer, boquiabierta—. ¿Lo sabe Ellie?

—Claro que no —contestó Ximena—. Me gusta, nada más. Nunca haría nada con él. Además, no está por mí. Ellie le gusta mucho.

Pensé en cómo, tan solo unos meses antes, Ellie y yo hablábamos de Jack. Tener «novio» parecía algo muy lejano por aquel entonces.

Ximena me miró.

—Creo que ya sé quién le gusta a Charlotte —dijo con su voz cantarina.

Me tapé la cara.

—Gracias a Ellie lo sabe todo el mundo.

—¿Y tú, Summer? —preguntó Ximena, pinchándole en la mano con el dedo.

—Eso, Summer, ¿y tú? —pregunté.

Summer sonrió, pero se limitó a negar con la cabeza.

—¡Anda ya! —exclamó Ximena, tirando del meñique de Summer—. Tiene que haber alguien.

—Vale —contestó, y vaciló un poco—. Reid.

—¿Reid? —preguntó Ximena—. ¿Quién es Reid?

—¡Va con nosotras a clase del señor Browne! —respondí—. Uno muy callado que dibuja tiburones.

—No es demasiado popular —dijo Summer—. Pero es muy simpático. Y a mí me parece muy mono.

—¡Oooh! —exclamó Ximena—. Pues claro que sé quién es Reid. ¡Es supermono!

—Sí, ¿verdad? —dijo Summer.

—Haríais una pareja estupenda —añadió Ximena.

—Quizá algún día —contestó Summer—. Aún no quiero tener pareja.

—¿Por eso no quisiste salir con Julian? —preguntó Ximena.

—No quise salir con Julian porque Julian es imbécil —se apresuró a decir Summer.

—O sea, que en Halloween no estabas enferma de verdad, ¿no? —dijo Ximena—. En la fiesta de Savanna.

Summer negó con la cabeza.

—No, no estaba enferma.

—Me lo figuraba —contestó Ximena asintiendo.

—Vale, yo tengo una pregunta —le dije a Ximena—. Pero no es de las cartas.

—¡Ah! —exclamó Ximena arqueando las cejas y sonriendo—. Vale.

Vacilé.

—A ver... Cuando dices que «sales» con Miles, ¿qué significa eso? O sea, ¿qué hacéis?

—¡Charlotte! —dijo Summer, y me dio un manotazo en el brazo con el dorso de la mano.

Ximena se echó a reír.

—No, quería decir...

—¡Sé lo que querías decir! —contestó Ximena, cogiéndome los dedos—. Pues que Miles me recoge delante de mi taquilla todos los días al salir de clase y a veces me acompaña hasta la parada del autobús. Y nos damos la mano.

—¿Alguna vez le has dado un beso? —pregunté.

Ximena puso mala cara, como si estuviese chupando un limón. No llevaba puestas las lentillas, sino unas enormes gafas con montura de pasta, además de un retenedor de ortodoncia que tenía que llevar por la noche. No se parecía a la Ximena

Chin que estábamos acostumbradas a ver en el colegio—. Solo una vez. En la fiesta de Halloween.

—¿Y te gustó? —pregunté.

—¡No lo sé! —contestó, sonriente—. Se parecía un poco a cuando te besas el brazo. ¿Lo habéis hecho? Besaos los brazos.

Summer y yo obedecimos y nos besamos los brazos. Luego nos entró la risa tonta.

—¡Oh, Jack! —dije mientras sorbía ruidosamente al besarme el antebrazo.

—¡Oh, Reid! —dijo Summer haciendo lo mismo.

—¡Oh, Miles! —añadió Ximena, besándose la muñeca—. Quiero decir ¡Amos!

Las tres nos partimos de risa.

—*Hija* —dijo la madre de Ximena llamando a la puerta. Asomó la cabeza—: no quiero que se despierte tu hermano. ¿Podéis hablar un poco más bajo?

—Perdona, *mami* —contestó Ximena.

—Buenas noches, chicas —dijo con dulzura.

—¡Buenas noches! —susurramos—. ¡Perdón!

—¿Tenemos que dormirnos ya? —pregunté en voz baja.

—No, pero tenemos que hablar mucho más bajo —dijo Ximena—. Vamos. Creo que te toca, Summer. ¿Verdad o acción?

—Tengo otra pregunta que no está en la carta —dijo Summer señalando a Ximena—. Para ti.

—¡Oh, oh! ¡Chicas, os estáis confabulando contra mí! —contestó Ximena entre risas.

—Aún no hemos hecho ninguna acción —señalé.

—Vale, pues esta es la acción —dijo Summer—: el lunes tienes que sentarte

en mi mesa del comedor y no puedes decirle a nadie por qué.

—¡Anda ya! —respondió Ximena—. No puedo largarme de mi mesa sin decir por qué.

—¡Exacto! —dijo Summer—. Pues elige verdad.

—Vale —contestó Ximena—. ¿Cuál es la verdad?

—Vale, verdad —dijo Summer mirándola a los ojos—. Si Savanna, Ellie y Gretchen no se hubiesen ido a esquiar este fin de semana, ¿nos habrías pedido a Charlotte y a mí que viniésemos a dormir a tu casa esta noche?

Ximena puso los ojos en blanco.

—¡Oooh! —exclamó, e hinchó las mejillas como un pez.

—Te pareces a la señora Atanabi —señalé.

—Venga, ¿verdad o acción? —la presionó Summer.

—Vale —dijo Ximena por fin, escondiendo la cara detrás de las manos—. ¡Es cierto! Seguramente no os lo habría pedido. Lo siento. —Nos miró a hurtadillas entre los dedos—. Se suponía que me iba a ir con ellas a esquiar este fin de semana, pero pensé que no valía la pena arriesgarme a torcerme un tobillo o alguna otra lesión justo antes del baile, así que les dije que no en el último momento y os invité a vosotras.

—¡Ajá! —exclamó Summer pinchándola con el dedo en el hombro—. Lo sabía. Éramos tu plan B para este fin de semana.

Yo también me puse a pincharla.

—¡Lo siento! —dijo Ximena entre risas, porque habíamos empezado a hacerle cosquillas—. ¡Pero eso no significa que no quiera estar también con vosotras!

—¿Has invitado a alguien más a dormir en el último mes? —preguntó Summer.

Para entonces ya estábamos haciéndole muchas cosquillas.

—¡Sí! —exclamó con la risa tonta—. ¡Lo siento! Esas veces tampoco os invité. ¡No se me da bien mezclar grupos de amigas! Pero prometo mejorar el curso que viene.

—¿Te cae bien Savanna? —pregunté dándole un último pinchazo.

Ximena hizo una mueca que era la imitación perfecta de la cara de asco de Savanna.

Summer y yo nos echamos a reír.

—¡Chis! —dijo Ximena dando palmaditas en el aire para que guardásemos silencio.

—¡Chis! —repitió Summer.

—¡Chis! —añadí yo.

Las tres nos calmamos.

—Vale, debo reconocer que está superpesada desde que empecé a quedar con vosotras para ensayar —dijo Ximena en voz baja—. ¡Se enfadó muchísimo cuando vio que no la habían elegido para el baile!

—Seguro que se enfadó porque me eligieron a mí y no a ella —dijo Summer.

—Pues no, se enfadó con Charlotte —contestó Ximena señalándome con el pulgar.

—¡Lo sabía! —dije.

Ximena ladeó la cabeza hasta apoyarla en un hombro.

—Dijo..., y estas son sus palabras, no las mías..., que en Beecher siempre consigues los mejores papeles en las obras de teatro porque los profesores saben que hacías anuncios cuando eras pequeña. Y porque siempre haces todo lo posible por ser la niña mimada del profesor.

—Pero ¿qué narices...? —dije, desconcertada—. Es la mayor tontería que he oído en mi vida.

Ximena se encogió de hombros.

—Solo te cuento lo que nos dijo a Ellie y a mí.

—Pero Ellie sabe que eso no es verdad —dije.

—A ver si te enteras —contestó Ximena—: Ellie nunca le lleva la contraria a Savanna.

—Lo que no entiendo es por qué siempre me ha odiado —dije, negando con la cabeza.

—Savanna no te odia —respondió Summer, y alargó la mano para quitarle las gafas a Ximena—. Creo que, en todo caso, siempre ha estado un poco celosa de ti por lo buena amiga que eras de Ellie.

—¿En serio? ¿Por qué?

Summer se encogió de hombros y se probó las gafas de Ximena.

—Bueno, Ellie y tú formabais un grupo bastante cerrado. Es muy probable que Savanna se sintiera un poco excluida.

Era una posibilidad que nunca se me había pasado por la cabeza.

—No tenía ni idea de que alguien pudiera haberse sentido así —dije—. Lo digo en serio: no tenía ni idea. ¿Estás segura? ¿Había alguien más que se sentía así? ¿Tú te sentías así?

Summer dejó que las gafas le resbalasen hasta la punta de la nariz.

—Un poco. Pero yo no coincidía con vosotras en ninguna clase, así que me daba igual. Savanna coincidía con vosotras en todas las clases.

—Vaya —dije, y me mordí la mejilla por dentro, que es una costumbre que tengo cuando estoy nerviosa.

—Yo no me preocuparía por ese tema —contestó Summer mientras me probaba las gafas de Ximena—. Eso ya da igual. Te quedan muy bien las gafas.

—¡Pero es que yo no quiero que Savanna me odie! —dije.

—¿Por qué te importa tanto lo que piense Savanna? —preguntó Ximena.

—¿Es que a ti no te importa lo que piense Savanna? —le pregunté—. Seamos realistas: cuando estás con ella, tú también te comportas de manera diferente.

—Es verdad —dijo Summer. Me quitó las gafas y se puso a limpiarlas con la camiseta del pijama.

—Eres mucho más simpática cuando no estás con ella —añadí.

Ximena se estaba retorciendo el pelo con el dedo.

—En secundaria todo el mundo es un poco desagradable, ¿no os parece?

—¡No! —exclamó Summer, poniéndole de nuevo las gafas a Ximena.

—¿Ni siquiera un poco? —preguntó Ximena arqueando la ceja derecha.

—No —repitió Summer, arreglándole las gafas para que quedasen rectas—. Nadie tiene por qué ser desagradable. Nunca —añadió, y se echó hacia atrás para ver cómo habían quedado las gafas.

—Bueno, eso lo piensas porque eres una santa —dijo Ximena para provocarla.

—¡Madre mía! Como vuelvas a llamarme eso... —le soltó Summer entre risas, y le lanzó la almohada.

—Summer Dawson, dime que no acabas de pegarme con mi almohada favorita de plumón de ganso blanco europeo con una capacidad de hinchado de ochocientos —dijo Ximena mientras se levantaba lentamente. Cogió su almohada superesponjosa y la levantó en alto.

—¿Me estás desafiando? —preguntó Summer, poniéndose en pie y sosteniendo su almohada como un escudo.

Yo también me puse en pie, muy emocionada, y levanté la almohada.

—¡Guerra de almohadas! —exclamé en un tono de voz demasiado alto, debido a la emoción.

—¡Chis! —dijo Ximena llevándose el dedo a los labios para recordarme que

no debíamos hacer ruido.

—¡Guerra de almohadas silenciosa! —susurré.

Nos pasamos un par de segundos mirándonos para intentar averiguar quién golpearía primero y, acto seguido, entramos al lío. Ximena descargó su almohada sobre Summer, Summer la golpeó desde abajo y yo le di de refilón a Ximena. Entonces Ximena se me acercó y me golpeó desde la izquierda, pero Summer se giró y nos golpeó a las dos desde arriba. No tardamos en empezar a golpearlos con otras cosas, aparte de las almohadas: con animales de peluche que había sobre la cama de Ximena, con toallas, con nuestra ropa enrollada... Y a pesar de intentar guardar silencio, o tal vez por eso —ya que no hay nada más divertido que intentar no reírte cuando lo que quieres es reírte—, fue la mejor guerra de almohadas en la que he participado en toda mi vida.

Lo que hizo que parase —si no, podría haber durado demasiado— fue el misterioso bocinazo de un pedo que se tiró una de nosotras. Hizo que nos quedásemos las tres paradas mientras nos mirábamos las unas a las otras, con los ojos como platos, hasta que por fin nos echamos a reír como locas al ver que nadie reconocía su autoría.

El caso es que, unos segundos después, la madre de Ximena volvió a llamar a la puerta. La mujer tenía mucha paciencia, pero obviamente ya parecía un poco molesta. Pasaban de las doce de la noche.

Le prometimos que nos acostaríamos y que no haríamos más ruido.

Nos quedamos sin aliento de tanto reírnos. A mí hasta me dolía un poco la barriga.

Tardamos un rato en alisar los sacos de dormir y devolver los animales de peluche a su sitio. Doblamos nuestra ropa y devolvimos las toallas al armario.

Arreglamos las almohadas, nos metimos en los sacos de dormir, cerramos las cremalleras y nos dimos las buenas noches. Pero yo no podía dormir. Aunque tenía sueño, lo que había pasado esa noche me daba vueltas por dentro. Era como si los ojos me pesasen demasiado para mantenerlos abiertos, pero sintiesen demasiada curiosidad para cerrarse. Me entró la risa tonta, y Summer y Ximena también empezaron a reírse tontamente. Durante un rato intentamos hacernos callar unas a otras poniendo una mano ahuecada sobre la boca de las demás.

Por fin, cuando se nos quitó la risa y se hizo de nuevo el silencio, Ximena se puso a cantar en voz muy baja. Al principio cantaba tan bajito que ni me di cuenta de lo que estaba entonando.

—*No-no, no, no-no, no-no-no-no.*

Entonces, Summer siguió cantando:

—*No, no-no, no, no, no-no, no-no, no-no.*

Al final, me di cuenta de qué era lo que cantaban y yo también me puse a cantar:

—*No-no-no-no, no-no, no, no-no, no.*

Entonces nos pusimos a cantar a coro, en susurros.

Nobody can do the shingaling

Like I do...

Nobody can do the skate

Like I do...

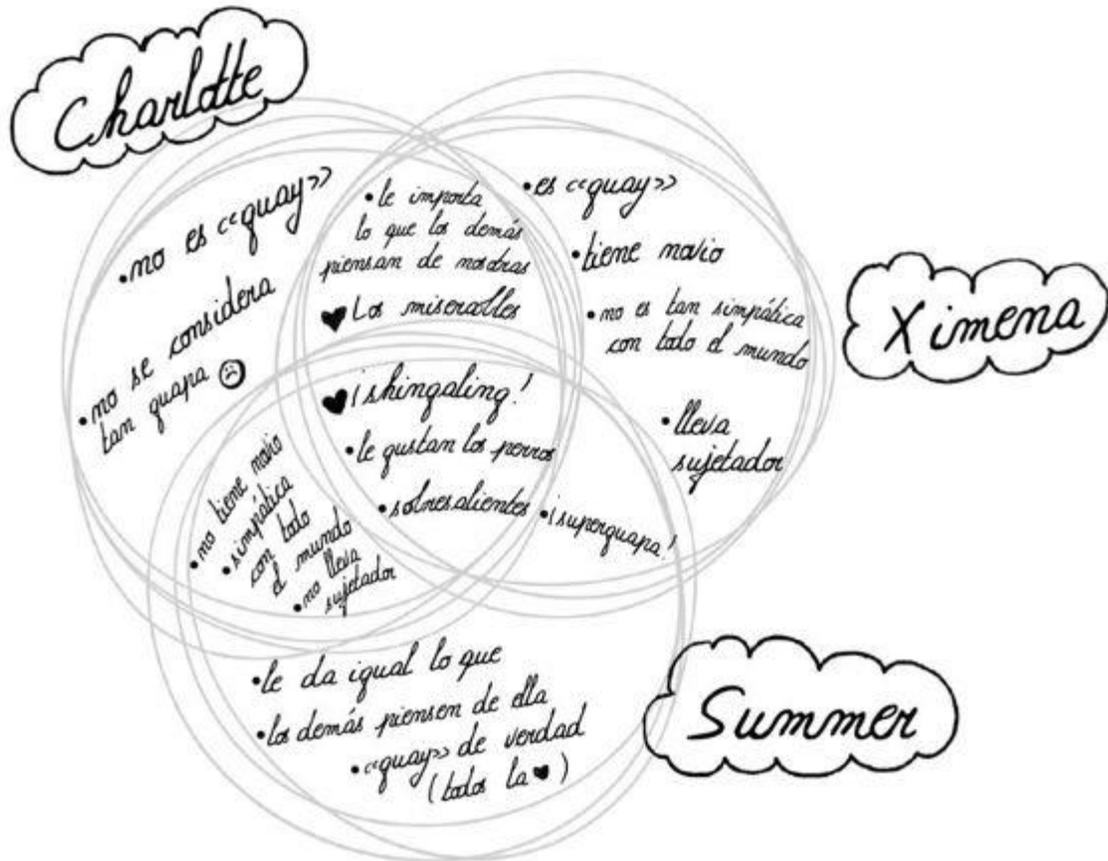
Nobody can do boogaloo

Like I do...

Mientras cantábamos, tumbadas boca arriba y una al lado de la otra, hacíamos que nuestros brazos y manos bailasen sincronizados por encima de nuestras cabezas. Y cantamos toda la canción, de principio a fin, tan bajito como si estuviéramos rezando en la iglesia.

Donde cuento qué pinta tienen nuestros diagramas de Venn

Lo sé. Paso demasiado tiempo pensando en estas cosas. 😊



Donde cuento que nadie mencionó el tema

El lunes nadie habló de la noche que habíamos pasado en casa de Ximena. Era como si las tres supiésemos, instintivamente y sin necesidad de decirlo en voz alta, que cuando volviésemos al colegio todo retornaría a la normalidad. Ximena se relacionaría con el grupo de Savanna, Summer se relacionaría con su reducido grupo y yo jugaría a los cuadraditos con Maya en mi mesa del comedor.

Nadie se imaginaria que Summer, Ximena y yo nos habíamos hecho buenas amigas. Ni que solo un par de días antes habíamos organizado una guerra de almohadas y habíamos compartido secretos bajo el resplandor rosáceo de las luces con forma de chiles rojos en la habitación de Ximena.

Donde cuento que no logré evitar una catástrofe social

La noche previa a la gala, la señora Atanabi nos dijo que nos tomásemos el día libre para descansar. Insistió en que cenásemos sano y durmiésemos bien. Luego nos dio los trajes, que había cosido ella misma. Ya nos los habíamos probado la semana anterior, pero estaba deseando volver a casa para probarme el mío de nuevo, ahora que estaba terminado. El traje estaba inspirado en esta foto de las Liberty Belles:



Esa tarde volví andando del colegio con Maya y con Lina, igual que hacía antes de empezar a quedar con Summer y Ximena a todas horas.

Era uno de los primeros días que hizo buen tiempo en marzo, cuando asomaba la primavera después del largo y frío invierno. A Lina se le ocurrió la brillante idea de que nos pasásemos por la heladería Carvel de camino a casa, una idea muy «primaveral», así que echamos a andar por Amesfort, pero en dirección

contraria, hacia el parque. Mientras caminábamos, les conté que me había enterado de que Savanna iba diciendo por ahí que la única razón por la que la señora Atanabi me había seleccionado para el espectáculo de baile era porque había salido en un anuncio de la tele cuando era pequeña.

—Eso no se lo cree nadie —dijo Lina comprensiva, mientras le daba patadas al balón.

—¡Qué horror! —exclamó Maya, y me puso contenta que le enfadase tanto aquel tema—. ¡No me puedo creer lo de Savanna! Con lo simpática que era en primaria.

—Savanna nunca ha sido simpática conmigo —contesté.

—Pues conmigo sí —insistió Maya, colocándose bien las gafas—. Ahora se ha vuelto mala. En ese grupo todas son malas.

Asentí con la cabeza, para acto seguido negarlo.

—Bueno, no sé.

—Y ahora han puesto a Ellie en nuestra contra —dijo Maya—. ¿Sabes que Ellie ya apenas me saluda? Ella también se ha vuelto mala.

Me rasqué la nariz. Maya siempre veía las cosas en blanco y negro.

—Supongo.

—Te diré una cosa: la culpa de todo la tiene Ximena Chin —prosiguió—. Todo es culpa suya. Si ella no hubiese empezado en Beecher este curso, todo sería igual que antes. Es ella quien ejerce una mala influencia.

Sabía que así era como veía Maya las cosas. Es una de las razones por las que nunca le he dado muchos detalles sobre el baile en el que iba a participar. Creo que nunca llegó a entender que las únicas que bailaban, aparte de mí, eran Summer y la horrible Ximena Chin. ¡Y a mí me parecía estupendo! No quería tener que defender ante Maya mi amistad con Ximena. Sinceramente, no creo que lo hubiese entendido.

—¿Sabéis qué es lo que menos soporto? —dijo Maya—. Que seguramente va a acabar dando ella el discurso de quinto en la ceremonia de graduación de este año.

—Bueno, tiene mejores notas que nadie —contesté intentando parecer imparcial.

—Pensaba que las mejores notas las tenías tú, Charlotte —me dijo Lina.

—No, Ximena las tiene mejores —la interrumpió Maya, y se puso a contar con los dedos—. Ximena. Charlotte. Simon. Yo. Y luego Auggie, o Remo. Auggie tiene mejores notas que Remo en mates, pero en los últimos exámenes de lengua española no le ha ido demasiado bien, y eso le ha bajado un punto la media.

Maya siempre sabía qué nota había sacado todo el mundo en los exámenes. Llevaba la cuenta de los trabajos que mandaban para casa, de las notas de las redacciones... Si era algo a lo que le ponían nota, Maya te preguntaba qué habías sacado. Y era increíble cómo recordaba todos los detalles.

—Qué locura. ¿Cómo puedes acordarte de las notas de todo el mundo? —preguntó Lina.

—Es un don —contestó Maya totalmente en serio.

—Oye, ¿le has contado a Charlotte lo del mensaje? —le preguntó Lina.

—¿Qué mensaje? —pregunté.

Como ya he dicho, estaba un poco desconectada de las chicas porque no las había visto mucho durante las semanas anteriores.

—No es nada —contestó Maya.

—Le ha escrito un mensaje a Ellie —dijo Lina.

Maya me miró y frunció el ceño.

—Es para que sepa cómo me siento —añadió mirándome por encima de la montura de las gafas.

De pronto me asaltó un mal presentimiento con aquel mensaje.

—¿Qué le has escrito? —pregunté.

—No es más que una nota —respondió encogiéndose de hombros.

Lina le dio un codazo.

—¡Deja que la lea!

—¡Me va a decir que no se la dé! —contestó Maya mordiéndose las puntas de su larga melena rizada.

—Enséñamela por lo menos —dije con mucha curiosidad—. ¡Venga, Maya!

Nos habíamos parado en el cruce de Amesfort con la calle 222 para esperar que el semáforo se pusiera verde.

—Vale —contestó Maya—. Te la enseñaré. —Rebuscó en el bolsillo del abrigo y sacó un sobre muy gastado de Uglydoll con la palabra «Ellie» escrita con rotulador plateado—. Vale. Quería que Ellie supiera cómo me siento por su cambio de actitud en este curso.

Me pasó el sobre y me hizo un gesto con la cabeza para que lo abriese y leyese la nota que había dentro.

Querida Ellie:

Como soy una de tus amigas desde hace más tiempo, te escribo para decirte que últimamente te has comportado de una manera muy rara, y espero que reacciones. Creo que la culpa no es tuya. La culpa es de esa malvada Ximena Chin, que tiene una influencia negativa sobre ti. Primero enredó a Savanna, y ahora te está convirtiendo a ti en una zombi guapa, igual que ella. Espero que dejes de ser su amiga y que recuerdes lo bien que nos lo pasábamos. Acuérdate del precepto de noviembre del señor Browne: «Ten por amigos únicamente a tus iguales». Por favor, ¿podemos volver a ser amigas?

Tu antigua amiga de verdad,

MAYA

Doblé la nota y volví a meterla en el sobre. Maya estaba mirándome con expectación.

—¿Te parece tonta? —me preguntó.

Le devolví el sobre.

—No, no me parece tonta —contesté—. Pero, como amiga tuya que soy, te digo que no deberías dársela.

—¡Sabía que intentarías convencerme para que no se la diese! —dijo, molesta y decepcionada con mi reacción.

—¡No, no estoy intentando convencerte para que no se la des! —repliqué—. Deberías dársela si de verdad es lo que quieres. Sé que tienes buena intención, Maya.

—No quiero tener buena intención —dijo muy enfadada—. ¡Solo intento ser sincera!

—Lo sé —contesté.

Ya habíamos cruzado la calle y llegado a Carvel, pero vimos que dentro estaba superlleno. La cola ante la barra llegaba hasta la puerta, y todas las mesas estaban ocupadas..., básicamente por alumnos de secundaria de Beecher.

—Todo el mundo ha tenido la misma idea que nosotras —dijo Lina, apesadumbrada.

—Hay demasiada gente —contesté—. Vamos a dejarlo.

Maya me agarró del brazo.

—Mira, ahí está Ellie —dijo.

Miré hacia donde estaba mirando ella y vi a Ellie sentada con Ximena, Savanna y Gretchen —y Miles, Henry y Amos— en una mesa delante del mostrador con las tartas de cumpleaños. Es decir, en la otra punta del local.

—Vámonos —dije tirando del brazo de Maya.

Lina ya había echado a andar y a darle patadas al balón, pero Maya no se movió del sitio.

—Voy a darle la nota —dijo muy lentamente con una cara muy seria. Llevaba la nota que le acababa de devolver en la mano izquierda, y la agitó como si fuera una diminuta bandera.

—No, ni hablar —me apresuré a contestar mientras la obligaba a bajar la

mano—. Al menos, ahora no.

—¿Por qué no?

Lina volvió adonde estábamos.

—Espera, ¿quieres darle la nota ahora? —preguntó con incredulidad—. ¿Delante de todo el mundo?

—¡Sí! —contestó Maya, terca como una mula.

—No —dije, envolviendo la nota con la mano. Solo podía pensar en el grandísimo ridículo que iba a hacer. Ellie abriría la nota en su mesa, delante de todos, y se iban a enfadar mucho con Maya por las cosas que decía sobre Ximena y Savanna. ¡Cosas imperdonables, la verdad! Pero lo que era aún peor: iban a reírse de ella—. Esta es una de esas cosas que nunca te van a perdonar, Maya —le advertí—. Te arrepentirás. No lo hagas.

Se notaba que se lo estaba pensando. Tenía la frente llena de arrugas.

—Puedes dársela en otro momento —proseguí tirando de la manga de su abrigo igual que Summer tiraba a veces de la mía mientras hablaba—. Cuando esté sola. También podrías enviársela por correo, si quieres. Pero no se la des ahora, delante de todo el mundo. Te lo suplico. Te lo digo en serio, Maya: sería una catástrofe social.

Se frotó la cara. Lo que le pasa a Maya es que nunca le han preocupado la popularidad ni las catástrofes sociales. Se le da muy bien llevar la cuenta de las notas que saca la gente en los exámenes, pero no tiene ni idea de relaciones sociales. Sabe lo básico, claro, pero en su mundo en blanco y negro la gente solo es buena o mala. No hay término medio.

En cierto modo, eso siempre ha sido una de sus mayores virtudes. Se acerca a alguien y da por hecho que son amigas, o hace algo realmente bonito por alguien sin venir a cuento, como lo de regalarle a Auggie Pullman un llavero de Uglydoll la semana anterior.

Pero en otros sentidos es algo realmente negativo, porque no sabe defenderse de las personas que son desagradables con ella. No sabe qué decirles y se lo toma todo en serio. Peor aún: si a alguien no le apetece hablar con ella, no se da cuenta y sigue hablando o preguntando cosas hasta que esa persona se larga. Ellie lo había

expresado a la perfección unos meses antes, mientras nos quejábamos de lo pesada que podía ponerse Maya a veces: «Maya hace que resulte fácil ser desagradable con ella».

Y ahora Maya estaba a punto de ponerle muy fácil a Ellie que fuese desagradable con ella... ¡y delante de un montón de chavales comiendo helado! A pesar de mis palabras, a pesar de que prácticamente le supliqué que no lo hiciese, Maya Markowitz entró en la heladería, fue esquivando a la gente que hacía cola y se plantó delante de la mesa del fondo, donde estaban sentadas Ellie y todo el grupo de chicas guais.

Lina y yo lo vimos todo desde la acera. Había un ventanal en la fachada, el lugar perfecto para contemplar cómo se desarrollaban los acontecimientos. Por un segundo fue como estar viendo uno de esos documentales de naturaleza que dan por la tele. Casi podía oír la voz del narrador contando lo que sucedía.

«Observen qué pasa cuando la joven gacela, que acaba de apartarse de su manada...»

Vi que Maya le decía algo a Ellie. Todos los que estaban sentados a la mesa dejaron de hablar y miraron a Maya.

«... es avistada por las leonas, que llevan varios días sin comer.»

Vi que le daba el sobre a Ellie, quien se mostró algo confundida.

—No puedo mirar —dijo Lina, y cerró los ojos.

«Y ahora las leonas, hambrientas de carne fresca, se disponen a cazarla.»

Donde cuento cómo me mantuve neutral... otra vez

Casi todo lo que predije que sucedería sucedió tal como lo predije. Después de darle la nota a Ellie delante de todos sus compañeros de mesa, Maya se dio media vuelta y se alejó andando. Ellie y el grupo de Savanna se miraron con cara de risa y, antes de que a Maya le diera tiempo a llegar a la siguiente mesa, Savanna, Ximena y Gretchen se levantaron de sus sillas para apiñarse alrededor de Ellie mientras esta abría el sobre. Podía ver sus caras con claridad mientras leían la nota. En un momento dado, Ximena dio un grito ahogado, mientras a Savanna aquello le parecía divertidísimo.

Maya siguió andando hacia la salida mientras nos miraba a Lina y a mí. Aunque no lo creáis, nos estaba sonriendo. Se notaba que estaba muy contenta. Desde su punto de vista, se estaba desahogando, estaba librándose de algo que había estado fastidiándola y, como le importaba un pimiento lo que el grupo de las guais opinase de ella, pensaba que no tenía nada que perder. En realidad, a Maya no podían hacerle daño. Solo estaba enfadada con Ellie porque había sido su amiga, pero a Maya le daba igual lo que pensasen de ella las otras chicas, o que pudiesen estar riéndose de ella en aquel momento.

Tengo que reconocer que, en cierto modo, admiraba el valor de Maya.

Dicho esto, tenía muy claro que lo último que quería en aquel momento era que me viesan con ella, así que me aparté de la ventana antes de que volviese a salir. Lo que menos quería era que Ximena me viese allí fuera, esperando a Maya. No quería que nadie pensase que yo había tenido algo que ver en aquella locura.

Igual que había conseguido mantenerme neutral en la guerra entre los chicos, quería mantenerme neutral en lo que podría convertirse en una guerra entre las chicas.

Donde cuento cómo reaccionó Ximena

Summer me envió un mensaje esa misma tarde.

«T has enterado de lo k ha hecho Maya?»

«Si», contesté.

«Estoy con Ximena. Estamos en mi casa. Esta muy afectada. Puedes venir?»

—Mamá —dije mientras preparábamos las cosas para la cena—, ¿puedo ir a casa de Summer?

—No —contestó mi madre negando con la cabeza.

—Por favor. Es una especie de emergencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirándome.

—Ahora no te lo puedo explicar —me apresuré a contestar mientras cogía el abrigo—. Por favor, mamá. Te prometo que volveré pronto.

—¿Tiene algo que ver con el número de baile? —preguntó.

—Más o menos —mentí.

—Vale. Mándame un mensaje cuando llegues. Pero te quiero de vuelta a las seis y media.

Summer vivía a cuatro manzanas de casa, así que llegué en diez minutos. Su madre me abrió la puerta.

—Hola, Charlotte. Están en la habitación del fondo —dijo al abrirme la puerta, y me cogió el abrigo.

Fui a la habitación de Summer. Allí estaba Ximena, tal como había dicho Summer, llorando sobre su cama. Summer tenía una caja de pañuelos de papel en la mano y la estaba consolando.

Me contaron toda la historia, y yo hice como que no estaba muy al tanto. Maya le había pasado una nota a Ellie delante de todo el mundo, y la nota decía un montón

de cosas «ponzoñosas» sobre Ximena. Así fue como me la describieron.

—¡Dice que soy mala! —dijo Ximena secándose las lágrimas—. A ver, ¿qué le he hecho yo a Maya? ¡Si ni siquiera la conozco!

—Le estaba diciendo a Ximena que a veces Maya puede ser una torpe social —comentó Summer, dándole palmaditas a Ximena en la espalda como haría una madre.

—¿Una torpe social? —preguntó Ximena—. ¡Eso no es torpeza social, eso es ser mala! ¿Sabes lo que es que todo el mundo lea algo así de horrible sobre ti? Han pasado la nota por toda la mesa y todo el mundo la ha leído..., incluidos los chicos. Y a todo el mundo le ha parecido supergraciosa. Savanna casi se ha meado de la risa, de lo graciosa que le parecía. Yo también he hecho como que me parecía graciosa. Ja, ja. ¿Acaso no es supergracioso que alguien a quien apenas conozco me acuse de convertir a la gente en zombis? —dijo, e hizo el gesto de las comillas con los dedos al pronunciar la palabra «zombis». Luego volvió a echarse a llorar.

—Es horrible, Ximena —contesté mordiéndome la mejilla por dentro—. Lamento mucho que haya hecho eso.

—Le he dicho que hablaríamos con Maya —me dijo Summer.

La miré fijamente.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para decirle que ha escrito algo muy ofensivo —respondió Summer—. Como somos amigas de Maya, he pensado que podríamos explicarle que ha ofendido a Ximena.

—A Maya le va a dar igual —me apresuré a contestar—. No lo va a entender, Ximena, te lo digo en serio. —A ver, ¿cómo podía explicárselo?—. Mira, Ximena: hace años que conozco a Maya y, para ella, esto no tenía nada que ver contigo. Tiene que ver con Ellie. Le molesta que Ellie ya no se junte con ella.

—Está claro. ¡Pero es por mi culpa! —dijo Ximena.

—Ya lo sé —respondí—. Pero eso Maya no lo sabe. Solo quiere echarle la culpa a alguien. Quiere que todo vuelva a ser como era en primaria y piensa que tú tienes la culpa de que hayan cambiado las cosas.

—¡Eso es una idiotez! —exclamó Ximena.

—¡Ya lo sé! —dije—. Es como Savanna, que está enfadada conmigo por haber salido en un anuncio de la tele. No tiene ni pies ni cabeza.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —preguntó Ximena—. ¿Te lo ha contado?

—¡No! —contesté.

—¿Sabías lo de la nota con antelación?

—¡No! —repetí.

Summer acudió al rescate.

—¿Y qué ha dicho Ellie cuando ha leído la nota de Maya? —le preguntó a Ximena.

—Se ha enfadado un montón —contestó Ximena—. Savanna y ella quieren declararle la guerra a Maya, publicar algo superdesagradable sobre ella en Facebook o en algún otro sitio. Luego Miles ha hecho un dibujo. Quieren subirlo a Instagram.

Le hizo un gesto con la cabeza a Summer para que me pasase una hoja de papel doblada. Al abrirla, vi que se trataba de un dibujo rudimentario de una chica (que, obviamente, era Maya) besando a un chico (que, obviamente, era Auggie Pullman). Debajo ponía: «Bichos raros enamorados».

—Espera, ¿por qué meten a Auggie en esto? —preguntó Summer, indignada.

—No lo sé —contestó Ximena—. Miles solo quería hacerme reír. Todos se han reído como si fuera una broma increíble, pero yo no le veo la gracia.

—Lo siento mucho, Ximena —dije.

—¿Por qué me odia Maya? —preguntó con tristeza.

—Tienes que quitarte esa idea de la cabeza —le aconsejé—. Y no te lo tomes como algo personal. ¿Recuerdas que me dijiste que tenía que dejar de preocuparme tanto por lo que la gente piensa de mí? Pues tú tienes que hacer lo mismo. Olvida lo que Maya piensa de ti.

—Yo no pedí formar parte del grupo de Savanna cuando entré en Beecher — dijo Ximena—. No conocía a nadie, ni sabía quién era amiga de quién, ni quién estaba enfadada con quién. Savanna fue la primera persona que fue simpática conmigo, nada más.

—Ah, ¿sí? —contesté levantando la barbilla y los hombros—. Eso no es del todo cierto. Yo también fui simpática contigo.

Ximena puso cara de sorpresa.

—Y yo —añadió Summer.

—¿Cómo? ¿Es que ahora vosotras también os vais a confabular contra mí? —preguntó Ximena.

—No, claro que no —dijo Summer—. Solo intentábamos que lo viese desde el punto de vista de Maya, nada más. No es mala, Ximena. Creo que Maya no tiene ni una pizca de maldad en el cuerpo. Está enfadada con Ellie, y Ellie se ha portado mal con ella últimamente. Eso es todo.

—En realidad, Ellie no se ha portado mal con nadie —repliqué—. Simplemente nos ha cambiado por vosotras. No pasa nada. A mí me da igual. Yo no soy como Maya.

Ximena se tapó la cara con las manos.

—¿Es que todo el mundo me odia? —preguntó mirándonos entre los dedos.

—¡No! —contestamos ambas al unísono.

—Nosotras no, desde luego —dijo Summer mientras le pasaba una caja de pañuelos de papel.

Ximena se sonó la nariz.

—Supongo que no he sido tan simpática con ella en general —comentó en voz baja.

—Este tipo de dibujos no ayuda —dijo Summer, devolviéndole el dibujo que había hecho Miles.

Ximena lo cogió y lo rompió en un montón de trocitos.

—Que sepáis que yo nunca habría publicado algo así —respondió—. Y le he dicho a Savanna y a Ellie que no se atrevan a hacer ningún comentario desagradable sobre Maya en Facebook ni nada parecido. Yo nunca sería una ciberacosadora.

—Ya lo sé —dijo Summer. Estaba a punto de añadir algo más cuando llamaron a la puerta.

La madre de Summer asomó la cabeza.

—¿Todo bien, chicas? —preguntó, prudentemente.

—Estamos bien, mamá —contestó Summer—. Solo son problemas de chicas.

—Charlotte, tu madre acaba de llamar —dijo la madre de Summer—. Dice que le has prometido que volverías a casa antes de diez minutos.

Miré el móvil. ¡Ya eran las 18.20!

—Gracias —contesté, y luego añadí, dirigiéndome a Summer y a Ximena—: Tengo que irme. ¿Estás mejor, Ximena?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Gracias por venir. Gracias a las dos por portaros tan bien conmigo. Solo quería hablar del tema con alguien, pero no podía hablar con Savanna ni con Ellie, ¿sabéis?

Las dos asentimos.

—Yo también tengo que irme a casa —dijo levantándose.

Las tres echamos a andar por el pasillo hacia la puerta principal, donde estaba la madre de Summer intentando organizar los abrigos.

—¿Y esas caras tan largas, chicas? —preguntó, alegremente—. ¡Pensaba que estaríais dando saltos de alegría porque mañana es el gran día! Después de todos los ensayos y de todo lo que habéis trabajado... ¡Estoy deseando veros bailar!

—Claro —contesté asintiendo. Miré a Summer y a Ximena—. Estamos muy

emocionadas.

Summer y Ximena sonrieron.

—Sí —dijo Ximena.

—Yo estoy bastante nerviosa —añadió Summer—. ¡Es la primera vez que bailo ante un público!

—Tienes que hacer como si no estuvieran allí —contestó Ximena. Nadie hubiera dicho que solo dos minutos antes había estado llorando.

—Es un consejo estupendo —dijo la madre de Summer.

—¡Eso mismo me decía yo! —añadí.

—¿Van a ir tus padres, Ximena? —preguntó la madre de Summer—. Estoy deseando conocerlos en la cena.

—Sí —contestó educadamente, sonriendo con su hoyuelo en su máximo esplendor.

—Todos los padres van a compartir mesa —dije—. Y también la señora Atanabi y su marido.

—Qué bien —respondió la madre de Summer—. Estoy deseando conocerlos a todos.

—Adiós, Summer. Adiós, señora Dawson —dijo Ximena.

—¡Adiós! —dije yo.

Ximena y yo bajamos juntas por la escalera que llevaba al vestíbulo y luego recorrimos juntas la manzana hacia Main Street, donde ella tenía que girar a la izquierda, y yo a la derecha.

—¿Ya te encuentras mejor? —pregunté al pararnos en la esquina.

—Sí —contestó, sonriente—. Gracias, Charlotte. Eres una muy buena amiga.

—Gracias a ti. Tú también.

—Qué va —dijo, negando con la cabeza mientras jugueteaba con los flecos de mi bufanda. Me miró fijamente—. Sé que a veces podría haber sido más simpática contigo —añadió, y me dio un abrazo—. Lo siento.

He de reconocer que me sentó genial oír aquellas palabras saliendo de su boca.

—No pasa nada —contesté.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Pasé por delante de los restaurantes que hay en Amesfort Avenue, que por fin empezaban a llenarse ahora que hacía mejor tiempo. No podía dejar de pensar en lo que Ximena acababa de decirme. Sí, a veces podría haber sido más simpática conmigo. ¿Yo también podría haber sido más simpática con algunas personas?

Me paré en el cruce y esperé a que el semáforo se pusiera en verde. Entonces vi la espalda de un hombre con una parka naranja subiéndose a un autobús. Con una perra negra a su lado. La perra llevaba un pañuelo rojo.

—¡Gordy Johnson! —grité, y eché a correr hacia donde estaba en cuanto el semáforo se puso en verde.

Se giró al oír su nombre, pero las puertas del autobús se cerraron tras él.

Donde cuento cómo nos deseó suerte la señora Atanabi

En los estudios de la última planta del Carnegie Hall, que es a donde nos llevó la señora Atanabi para que nos preparásemos para el espectáculo, hay un pasillo con fotografías y programas enmarcados de algunos de los mejores bailarines que han actuado allí a lo largo de la historia. Mientras avanzábamos por ese pasillo de camino a la sala donde íbamos a cambiarnos de ropa, la señora Atanabi señaló uno de los carteles. Era una foto de las Duncan Dancers, las hijas de Isadora Duncan, posando teatralmente con unas largas túnicas blancas. Tenía fecha del 3 de noviembre de 1923.



—¡Mirad, son como vosotras tres! —dijo alegremente—. Dejad que os haga una foto junto a este cartel —añadió sacando el móvil.

Las tres posamos junto a la fotografía, en la misma postura que estaban las bailarinas: yo a la izquierda, con las manos en alto y mirando a la derecha; Summer a la derecha, con las manos en alto y mirando a la izquierda; y Ximena en el centro,

con los brazos abiertos al frente y mirando a la cámara.

La señora Atanabi hizo varias fotos hasta que quedó contenta con una, y luego las cuatro —porque la señora Atanabi estaba tan emocionada como nosotras— nos fuimos correteando hacia la sala del fondo para vestirnos.

No éramos las únicas que actuábamos esa noche. El Conjunto de Jazz y el Coro de Cámara del Instituto ya estaban allí. Los pasillos resonaban con el sonido de las trompetas, los saxofones y otros instrumentos, y el coro estaba haciendo calentamientos vocales en una sala enorme que había junto a nuestro camerino.

La señora Atanabi nos ayudó con el pelo y el maquillaje. Fue increíble cómo transformó cada uno de nuestros peinados en unos abultados cardados con las puntas rizadas hacia arriba, todo coronado por una nube de laca. Aunque teníamos unos tipos de pelo muy diferentes, la señora Atanabi consiguió que todos quedasen parecidos.

Íbamos a actuar las últimas. ¡La espera se nos hizo eterna! Estuvimos todo el rato cogidas de la mano e intentando convencernos la una a la otra para que no cundiera el pánico.

Cuando por fin llegó la hora de actuar, la señora Atanabi nos acompañó al piso de abajo, a la parte de atrás del escenario del auditorio Stern. Echamos un vistazo al público desde detrás del telón mientras el Coro de Cámara del Instituto terminaba su larga canción. ¡Había un montón de gente! No podía distinguirse la cara de nadie porque estaba muy oscuro, pero era el auditorio más grande que he visto en mi vida, con palcos, arcos dorados y paredes de terciopelo.

La señora Atanabi nos hizo ocupar nuestros puestos detrás del telón: Ximena en el centro, yo a la izquierda y Summer a la derecha. Entonces se puso delante de nosotras.

—Chicas, habéis trabajado mucho —susurró con la voz temblorosa por la emoción—. Os estoy muy agradecida por todo el tiempo que habéis invertido para hacer que mi pieza cobre vida. Vuestra energía y vuestro entusiasmo...

Se le quebró la voz. Muy emocionada, se secó una lágrima. Si no hubiéramos leído aquel artículo, quizá no habríamos entendido por qué todo aquello era tan importante para ella. Pero lo sabíamos. En ningún momento le contamos que habíamos encontrado el artículo, ni que sabíamos lo de su amiga de la infancia. Pensamos que, de haber querido que lo supiéramos, nos lo habría contado. Pero el

hecho de conocer aquel fragmento de su historia hacía que el baile y todo lo relacionado con su creación fuese mucho más especial. Es curioso cómo se entrelazan todas nuestras historias. La historia de cada persona se entreteje en la historia de alguna otra persona.

—¡Estoy muy orgullosa de vosotras, chicas! —susurró, y nos besó a cada una en la frente.

El público estaba aplaudiendo al coro, que acababa de terminar su actuación. Mientras los cantantes salían del escenario por los laterales, la señora Atanabi dio la vuelta para acudir a la parte delantera del escenario y esperar a que el señor Traseronian la presentase, y nosotras ocupamos nuestros puestos. Oímos a la señora Atanabi introduciendo el número que íbamos a bailar, y presentándonos a nosotras.

—¡Ahora, chicas! —nos susurró Ximena cuando el telón comenzó a subir.

Esperamos a que empezase la música. Cinco. Seis.

¡Cinco, seis, siete, ocho!

¡Es el shingaling, nena!

Donde cuento cómo bailamos

Ojalá pudiese describir cada segundo de esos once minutos que pasamos sobre el escenario, cada movimiento, cada salto. Cada *shimmy* y cada giro. Pero no puedo, claro. Lo único que puedo decir es que todo fue INCREÍBLEMENTE PERFECTO. Nadie perdió comba ni cometió un solo fallo. Podría decirse que durante once minutos fue como si estuviéramos bailando tres metros por encima del resto del mundo. Fue la experiencia más emocionante, fascinante, agotadora, conmovedora, divertida e increíble de mi vida. Cuando ya nos disponíamos a ejecutar el final apoteósico y nos paramos al sonar «well let me tell you nobody, nobody» antes de atacar el shingaling característico de la señora Atanabi, que era una variación que ella se había inventado, sentí la energía de todo el público mientras daban palmadas al compás de la canción.

Nobody, nobody,

Nobody, nobody

Nobody, nobody...

Y entonces terminamos. Se acabó. Jadeantes y sonriendo de oreja a oreja. Entre aplausos atronadores.

Las tres hicimos una reverencia sincronizada, y luego cada una hizo una reverencia por separado. El público gritó y ovacionó.

Nuestros padres nos esperaban con flores. Mi madre me dio un ramo de más y se lo entregamos a la señora Atanabi cuando salió al escenario con nosotras para saludar. Por un segundo deseé que todos los alumnos de quinto que alguna vez se habían reído de la señora Atanabi a sus espaldas pudieran verla en aquel momento, igual que la estaba viendo yo. Con su precioso vestido y su moño perfectamente recogido, parecía una reina.

Donde cuento cómo pasamos el resto de la noche

Un rato más tarde, después de cambiarnos de ropa, nos reunimos con nuestros padres para cenar en el salón de banquetes de la planta de abajo. Mientras pasábamos entre las mesas redondas, llenas de profesores, de otros padres y de un montón de adultos que no conocíamos, la gente nos daba la enhorabuena y alababa nuestro baile. «Esto es lo que se siente al ser famosa», pensé. Y me encantó.

Cuando llegamos, nuestros padres estaban todos sentados en la misma mesa, en compañía de la señora Atanabi y su marido. Nos dedicaron unos aplausos al sentarnos, y luego nos pasamos el resto de la velada hablando entre nosotras sin parar, analizando cada segundo del baile, y señalando en qué momento nos habíamos puesto nerviosas por si no nos salía una patada en concreto o cuándo nos habíamos mareado un poco al realizar un giro.

Antes de que sirviesen la cena, el doctor Jansen, el director del colegio, pronunció un breve discurso en el que dio las gracias a todos por haber asistido a la gala benéfica y luego pidió a la señora Atanabi, al profesor del coro y al profesor de jazz que se pusieran en pie para dedicarles otro aplauso. Ximena, Summer y yo los ovacionamos lo más fuerte que pudimos. Luego se puso a hablar de otras cosas, como objetivos financieros, recaudación de fondos y otros temas tan aburridos que me hicieron desear que se callase cuanto antes. Luego, después de acabarnos la ensalada, el señor Traseronian pronunció un discurso sobre la importancia de apoyar las artes en Beecher para que el colegio pudiese seguir cultivando la clase de «talento» que habían visto esa noche. Esa vez nos pidió a todos los alumnos que habíamos actuado que nos pusiésemos en pie para recibir otro aplauso. Por toda la sala, los chicos y chicas del conjunto de jazz y del coro se levantaron con distintos grados de disposición y timidez. Nosotras tres, sin embargo, no demostramos timidez alguna a la hora de ponernos en pie para recibir otro aplauso. ¿Qué queréis que os diga?

¡Adelante!

Cuando sirvieron el café, ya se habían acabado los discursos, y la gente ya estaba paseándose entre las mesas y hablando. Una pareja se acercó a nuestra mesa, pero no recordé quiénes eran hasta que Summer se levantó de un salto de la silla para abrazarlos. Entonces caí en que eran los padres de Auggie. Le dieron un beso a la madre de Summer, y se acercaron a hablar con Ximena y conmigo.

—Habéis estado estupendas —dijo la madre de Auggie con dulzura.

—Muchas gracias —contesté, sonriente.

—Debe de estar muy orgullosa de ellas —le dijo el padre de Auggie a la señora Atanabi, que estaba al lado de Summer.

—¡Claro! —contestó la señora Atanabi sonriendo de oreja a oreja—. Han trabajado mucho.

—Enhorabuena de nuevo, chicas —dijo la madre de Auggie, y me dio un pequeño apretón en el hombro antes de volver con la madre de Summer.

—Saluden a Auggie de mi parte —añadí.

—Descuida.

—Espera, ¿esos eran los padres de Auggie? —preguntó Ximena—. Pero si parecen estrellas de cine.

—Ya lo sé —contesté susurrando.

—¿Qué estáis cuchicheando? —dijo Summer colocándose entre las dos.

—Ximena no sabía que eran los padres de Auggie —le expliqué.

—Ah —contestó Summer—. Sus padres son supersimpáticos.

—Qué ironía —dijo Ximena—. Son muy guapos.

—¿No has visto nunca a la hermana mayor de Auggie? —pregunté—. Es superguapa. Tan guapa que podría ser modelo. Es alucinante.

—Vaya —contestó Ximena—. Pensaba..., no sé..., que todos tendrían el mismo aspecto que Auggie.

—No —dijo Summer con dulzura—. Es como lo de tu hermano. Nació así y ya está.

Ximena asintió muy despacio.

A pesar de todo lo lista que es, se notaba que nunca se lo había planteado en esos términos.

Donde cuento cómo acabé por dormirme... ¡por fin!

Esa noche no volvimos a casa hasta muy tarde. Mientras me quitaba el maquillaje de la cara y me preparaba para acostarme, estaba supercansada, pero luego, no sé por qué, no podía dormirme. El recuerdo de todas las cosas que habían pasado esa noche me iba bañando con sus suaves olas. Me sentía como cuando vas en barco, meciéndote hacia atrás y hacia delante. Mi cama estaba flotando en el mar.

Cuando llevaba una media hora dando vueltas, cogí el móvil, que estaba cargándose en la mesita de noche.

Alguna despierta?

Les mandé el mensaje a Summer y a Ximena.

Pasaban de las doce de la noche. Estaba segura de que estarían durmiendo.

Solo quería deciros que sois las dos personas más increíbles del mundo y que me alegro de que hayamos podido ser buenas amigas. Siempre recordaré esta noche. ¡Es el shingaling, nena!

Volví a dejar el móvil en la mesita de noche y le di un golpe de kárate a la almohada para estar más cómoda. Cerré los ojos, confiando en que ya me entraría el sueño. Justo cuando notaba que me estaba quedando dormida, vibró el móvil.

No eran ni Ximena ni Summer: curiosamente, era Ellie.

Hola, Charly. Seguro que estás durmiendo, pero mis padres acaban de llegar de la gala y dicen que habéis estado absolutamente increíbles. Estoy orgullosa de ti. Ojalá pudiera haber estado allí para verte bailar. Te lo mereces. A ver si podemos quedar la semana que viene después de clase. Te echo de menos.

Parecerá una tontería, pero su mensaje me puso tan contenta que los ojos se me llenaron de lágrimas.

¡Muchas gracias, Ellie!

Ojalá hubieras estado. Me encantaría quedar la semana que viene. Yo también te echo de menos. Buenas noches.

Donde cuento la sorpresa que se llevó Maya y la sorpresa que nos dio a todos

A la mañana siguiente me desperté tan cansada que mi madre me dejó llegar tarde al colegio. Vi que Ximena y Summer habían contestado a mi mensaje a primera hora.

XIMENA CHIN: Yo me siento igual, Charlotte. Menuda noche!

SUMMER DAWSON: Os <3 a las 2!

No contesté a sus mensajes porque sabía que estarían en clase. Me perdí las tres primeras horas y no vi a ninguna de las dos hasta la hora de la comida. Summer, como siempre, estaba sentada con Auggie y con Jack. Ximena, como siempre, estaba en la mesa de Savanna. Durante una fracción de segundo estuve a punto de acercarme a saludar a Ximena, pero aún tenía fresca la imagen de Maya plantada ante ese mismo grupo de chicas el día anterior... y no quería darle a Ximena la menor oportunidad de decepcionarme con cualquier cosa que no fuese un saludo de amigas.

Por eso me limité a saludarlas a Summer y a ella con la mano mientras caminaba hacia mi mesa de siempre. Allí me senté al lado de Maya. Las chicas de mi mesa me preguntaron cómo me había ido la noche anterior —algunas ya lo sabían por sus padres—, pero evité darles demasiados detalles porque sabía que perderían el interés a los treinta segundos, que es justo lo que pasó.

Y con toda la razón, la verdad.

Para ellas el principal tema de interés —es más, lo único de lo que querían hablar— era la nota que Maya le había dado a Ellie en Carvel el día anterior. Resultó que esa nota —que para entonces ya habían citado o leído en voz alta la mitad de los alumnos del curso— fue el pasaporte de Maya a una especie de popularidad que nunca antes había experimentado. Todo el mundo estaba hablando de ella. Había gente que la señalaba para que los alumnos curiosos de sexto, que también habían oído hablar de la nota, supiesen quién era.

—¡Hoy soy la reina de los marginados! —dijo Maya.

Se notaba que se sentía triunfal. Le gustaba que la gente le hiciera tanto caso.

Yo había pensado en decirle lo dolida que se había sentido Ximena al leer su nota y lo mucho que había llorado, pero, en cierto modo, tampoco quería aguarle la fiesta a Maya.

—¡Hola! —dijo Summer dándome un golpecito con el codo para que le hiciese un sitio.

—¡Hola! —contesté, sorprendida al verla allí. Miré a su mesa, pero Auggie y Jack ya se habían ido.

—Hola, Summer —añadió Maya con impaciencia—. ¿Te has enterado de lo de mi nota?

Summer sonrió.

—¡Sí, claro! —contestó.

—¿Te ha gustado? —preguntó Maya.

Se notaba que Summer no quería ofender a Maya, así que vaciló antes de contestar.

—¿Dónde están Auggie y Jack? —comenté.

—Escribiendo unas notas supersecretas para dejarlas en la taquilla de Julian —respondió.

—¿Una nota como la mía? —preguntó Maya.

Summer negó con la cabeza.

—Me parece que no. Unas notitas de amor de una tal Beulah.

—¿Quién es Beulah? —pregunté.

Summer se echó a reír.

—Es demasiado complicado de explicar.

Vi que Ximena nos estaba mirando desde la otra punta del comedor. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa. Acto seguido, para mi sorpresa, se levantó y se acercó

a nuestra mesa.

Todas las que estábamos sentadas a la mesa dejamos de hablar en cuanto la vimos allí plantada. Sin necesidad de que se lo pidieran, Megan y Rand se apartaron un poco, y Ximena se sentó entre las dos, justo enfrente de Maya, de Summer y de mí.

Maya se quedó flipada. Tenía los ojos como platos y parecía un poco asustada. Yo no tenía ni idea de qué iba a pasar.

Ximena entrelazó las manos sobre la mesa, se inclinó hacia delante y miró a Maya a los ojos.

—Maya —dijo—, solo quiero disculparme por si alguna vez he dicho o hecho algo que te haya ofendido. Si es así, no era esa mi intención. Pienso que eres una persona muy simpática, superlista e interesante, y de verdad espero que podamos ser amigas de ahora en adelante.

Maya parpadeó, pero no dijo nada. Se había quedado boquiabierta.

—Bueno —añadió Ximena, que de pronto parecía un poco tímida—. Solo quería que lo supieses.

—Eres muy amable, Ximena —dijo Summer, sonriente.

Ximena nos miró con esa expresión tan característica suya, cuando parece que te está guiñando un ojo.

—¡Es el shingaling, nena! —contestó, y nos hizo sonreír a las dos.

Entonces, con la misma rapidez con la que se había sentado, se levantó y volvió a su mesa. Con el rabillo del ojo vi que Ellie y Savanna la estaban mirando. En cuanto se sentó a su mesa, se agolparon a su alrededor para oír lo que tenía que decir.

—Ha sido muy amable, ¿verdad? —le dijo Summer a Maya.

—Estoy flipando —contestó Maya, y se quitó las gafas para limpiarlas—. Flipando en colores.

Summer me dirigió una mirada de complicidad.

—Maya, ¿qué fue de ese juego de cuadraditos gigante en el que estabas trabajando? —pregunté.

—¡Aquí lo tengo! —contestó emocionada—. Ya te dije que te estaba esperando para jugar. ¿Por? ¿Quieres jugar ahora?

—¡Sí! —dije—. Claro que sí.

—Y yo —añadió Summer.

Maya dio un grito de asombro, cogió su mochila y sacó un papel enrollado que estaba plegado en tres y ligeramente doblado por arriba. Vimos cómo desplegaba y desenrollaba con cuidado el papel, que ocupaba toda la anchura y la longitud de la mesa. Cuando estuvo totalmente desplegado, nos quedamos mirándolo. Pasmadas.

Hasta el último centímetro cuadrado de aquel papel gigantesco estaba cubierto de puntos. Líneas de puntos perfectamente dibujadas y espaciadas de manera uniforme. Y no solo puntos: también preciosas cuadrículas conectadas mediante volutas. Líneas onduladas que terminaban en espirales, o flores, o rayos de sol. Casi parecía el dibujo de un tatuaje, como cuando la tinta azul cubre el brazo de alguien por completo, y ya no sabes dónde acaba un tatuaje y dónde empieza otro.

Era el juego de cuadraditos más bonito y alucinante que había visto en mi vida.

—¡Maya, esto es increíble! —dije muy despacio.

—¡Sí! —contestó, muy contenta—. ¡Ya lo sé!

Donde cuento que algunas cosas cambiaron, y otras, no

Esa fue la primera y la última vez que Summer, Ximena y yo nos sentamos en la misma mesa del comedor. O en cualquier otra mesa, ya puestos. Cada una volvió con su grupo de antes. Ximena con Savanna, Summer con Auggie, y yo con Maya.

Pero a mí, sinceramente, me pareció bien.

Claro, había una parte de mí, esa parte a la que le encantan los finales felices, a la que le hubiera gustado que cambiaran las cosas. Que Ximena y Ellie cambiaran de pronto de mesa y se sentasen conmigo y con Summer. A lo mejor podríamos haber organizado una nueva mesa todas juntas, con Jack, Auggie y Reid —¡y Amos!— en la mesa de al lado.

Pero la verdad es que sabía que las cosas no iban a cambiar. Sabía que pasaría lo mismo que había pasado después de quedarnos a dormir en casa de Ximena. Era como si hubiésemos hecho un viaje las tres juntas en secreto. Un viaje del que nadie más sabía nada. Y, al regresar de nuestro viaje, cada una volvió a su casa. Algunas amistades son así. Puede que incluso las mejores amistades sean así. El vínculo siempre está ahí, lo que pasa es que es invisible a los ojos de los demás.

Por eso Savanna no tendría ni idea de que Summer y yo habíamos llegado a conocer tan bien a su amiga Ximena. Y por eso Maya no entendería el efecto que su nota había tenido en Summer y en mí. Ni por qué Auggie no tenía ni idea de todo aquello que estaba pasando. «Él ya tiene sus propias preocupaciones», me dijo Summer en una ocasión, cuando me explicó por qué no le había dicho a Auggie que la señora Atanabi la había elegido para participar en su baile. «No le hace falta estar al corriente de estos dramas de chicas.»

Eso no quiere decir que no hayan cambiado algunas cosas.

Al entrar en los últimos meses del curso, me di cuenta de que Ximena se esforzaba más que antes en relacionarse con otras chicas de clase. Cuando nos cruzábamos por el pasillo, siempre me saludaba calurosamente..., tanto si estaba con Savanna como si no. Además, aunque Ellie y Maya no hicieron las paces, Ellie y yo hemos quedado al salir de clase un par de veces. Ya no es como antes, claro, pero algo es algo.

Pasito a pasito, como diría la señora Atanabi. Todo empieza pasito a pasito.

La verdad es que aunque Ximena, Savanna y Ellie me invitasen de repente a que me sentase a su mesa, no lo haría. No me parecería bien. Para empezar, no me gustaría recibir una nota airada de Maya ni que me enseñase los dientes desde la otra punta del comedor. Pero sobre todo es porque el día que desplegó su magnífico juego de cuadraditos sobre la mesa del comedor me di cuenta de una cosa: Maya ha sido mi amiga a las duras y a las maduras. Una amiga de las de verdad. Todos estos años. A su manera torpe, leal y ligeramente pesada. Nunca me ha juzgado. Siempre me ha aceptado tal como soy. ¿Que qué pasa con el grupo de chicas de mi mesa del comedor, esas con las que no tengo nada en común? ¿Sabéis qué?, ¡que tenemos una mesa en común! Y un juego de cuadraditos preciosísimo al que jugamos a la hora de comer, con los rotuladores de diferentes colores que Maya nos asignó a cada una. Y tenemos que usarlos; si no, se enfada mucho.

Pero Maya es así. Y eso no va a cambiar nunca.

Donde cuento que hablé con el señor Traseronian

El último día de clase, la secretaria del señor Traseronian, la señora García, fue a buscarme durante la séptima hora y me preguntó si podía hacer el favor de ir a hablar con el señor Traseronian al acabar las clases. Maya la oyó y se echó a reír.

—Oh, oh, Charlotte se ha metido en un lío —canturreó.

Las dos sabíamos que no era eso, que seguramente sería por los premios que iban a dar al día siguiente. Todo el mundo daba por hecho que yo iba a ganar la medalla Beecher por haber organizado la recogida de abrigos, ya que la medalla solían dársela al alumno que había realizado el mayor servicio a la comunidad.

Llamé a la puerta del señor Traseronian justo después de sonar la campana que anunciaba el final de las clases.

—Adelante, Charlotte —dijo con entusiasmo, y con un gesto me invitó a sentarme en la silla que tenía ante su escritorio.

Siempre me ha gustado el despacho del señor Traseronian. Tenía unos cuantos rompecabezas divertidos en el borde del escritorio, y dibujos hechos por alumnos a lo largo de los años, que él había enmarcado y colgado de las paredes. Enseguida me di cuenta de que detrás del escritorio tenía expuesto el autorretrato de Auggie como un pato.

Y de pronto supe cuál era el motivo de aquella reunión.

—¿Estás nerviosa por la ceremonia de graduación de mañana? —preguntó entrelazando las manos sobre el escritorio.

Asentí.

—¡No me puedo creer que estemos a punto de terminar quinto! —contesté, incapaz de ocultar mi alegría.

—Cuesta creerlo, ¿eh? —dijo—. ¿Tienes planes para el verano?

—Voy a ir a un campamento de baile.

—¡Qué divertido! —contestó—. Las tres estuvisteis increíbles en la gala de marzo. Parecíais bailarinas profesionales. La señora Atanabi quedó muy

impresionada por lo mucho que os esforzasteis y lo bien que trabajasteis en equipo.

—Sí, fue muy divertido —dije, emocionada.

—Genial —respondió, sonriente—. Me alegro de que hayas tenido un buen curso, Charlotte. Te lo mereces. Has sido una presencia muy alegre en estos pasillos, y te agradezco que hayas sido tan simpática con todo el mundo. No creas que esas cosas pasan inadvertidas.

—Gracias, señor Traseronian.

—El motivo por el que quería charlar contigo antes de mañana, y espero que esto no salga de aquí, es que sé que sabes que, entre los muchos honores que reparto mañana, uno de ellos es la medalla Beecher.

—Se la va a dar a Auggie, ¿verdad? —le solté.

Pareció sorprendido.

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—Todo el mundo da por hecho que me la va a dar a mí.

Me miró atentamente y luego sonrió.

—Eres una chica muy lista, Charlotte —dijo amablemente.

—Me parece bien, señor Traseronian —contesté.

—Pero quería explicártelo —insistió—. La verdad es que si este hubiera sido un curso como cualquier otro, seguramente te daría a ti esa medalla, Charlotte. Te la mereces: no solo por lo mucho que te esforzaste organizando la recogida de abrigos, sino porque, como acabo de decirte, has sido muy simpática con todo el mundo. Aún recuerdo que desde el principio, cuando te pedí que fueses una de las amigas de bienvenida de Auggie, aceptaste incondicionalmente y sin subterfugios.

¿He dicho ya lo mucho que me gusta que utilice palabras difíciles, dando por hecho que las entendemos?

—Pero ya sabes —prosiguió— que este curso ha sido cualquier cosa menos normal. Y mientras reflexionaba sobre este premio y lo que representa, comprendí

que podía premiar algo más que el mero servicio a la comunidad..., sin intención de infravalorarlo.

—Sí, entiendo perfectamente lo que quiere decir, señor Traseronian — contesté.

—Cuando pienso en Auggie y en todos los desafíos a los que tiene que enfrentarse a diario —dijo, dándose unas palmaditas a la altura del corazón—, me impresiona el simple hecho de que venga a clase cada día. Con una sonrisa en la cara. Y quiero demostrarle que este curso ha sido un triunfo para él, que ha dejado huella. A ver: el modo en que los chicos le ofrecieron su apoyo después del horrible incidente en la reserva natural fue gracias a él. Fue él quien les inspiró esa bondad.

—Entiendo perfectamente lo que quiere decir.

—Y quiero que este premio sea un premio a la bondad —prosiguió—. A la bondad que repartimos.

—Estupendo —contesté.

Parecía encantado de verdad con mi actitud. Y un poco aliviado, creo.

—¡No sabes cuánto me alegro de que lo entiendas, Charlotte! —dijo—. Quería contártelo con antelación para que no te llevases una desilusión durante la ceremonia de mañana, ya que, como bien has dicho, todo el mundo da por hecho que la medalla va a ser para ti. Pero no se lo vas a contar a nadie, ¿verdad? No me gustaría estropearles la sorpresa a Auggie y a su familia.

—¿Puedo contárselo a mis padres?

—¡Por supuesto! Aunque tengo pensado llamarlos esta noche para decirles lo orgulloso que estoy de ti en estos momentos.

Se levantó y extendió el brazo por encima de la mesa para estrecharme la mano, así que se la estreché.

—Gracias, Charlotte —dijo.

—Gracias a usted, señor Traseronian.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Eché a andar hacia la puerta, pero entonces pensé una cosa, una idea totalmente elaborada que no sabía de dónde había salido.

—Pero el premio pueden recibirlo dos personas, ¿no? —pregunté.

El señor Traseronian levantó la vista. Por un segundo, me pareció ver una ligera decepción reflejada en su mirada.

—En unas cuantas ocasiones lo han recibido un par de alumnos que han llevado a cabo un proyecto de servicio a la comunidad juntos —contestó rascándose la frente—. Pero en el caso de Auggie y tú, creo que sus razones para recibirlo son tan diferentes de las tuyas que...

—No, no me refiero a Auggie y a mí —lo interrumpí—. Creo que Summer debería recibir el premio.

—¿Summer?

—Durante todo el curso ha sido una amiga alucinante para Auggie —expliqué—. Y no porque usted le pidiera ser su amiga de bienvenida, como nos pidió a Jack y a mí. ¡Lo hizo, y punto! Es como lo que usted ha dicho de la bondad.

El señor Traseronian asintió, como si estuviera escuchando atentamente lo que le decía.

—A ver... Yo he sido simpática con Auggie —dije—, pero Summer ha sido buena. Eso es como la simpatía elevada a la décima potencia, o yo qué sé. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir —contestó, sonriente.

Asentí.

—Bien.

—Te agradezco mucho que me cuentes todo esto, Charlotte —dijo—. Me has dado motivos para pensar.

—Genial.

Me miró y se puso a asentir lentamente, como si estuviese dándole vueltas a algo en la cabeza.

—Déjame que te haga una pregunta —dijo, e hizo una pausa, como si estuviera intentando dar con las palabras adecuadas—. ¿Crees que Summer querría recibir una medalla solo por haberse hecho amiga de Auggie?

En cuanto lo dijo, pude entender perfectamente lo que quería decir.

—¡Ah! —contesté—. Espere. Tiene razón: no querría.

No sé por qué, se me apareció mentalmente la imagen de Maya enseñándoles los dientes a las chicas de la mesa de Savanna.

Los amigos no tienen nada que ver con las medallas.

—Pero déjame pensarlo esta noche —dijo mientras se levantaba.

—No, tiene razón —contesté—. Su idea era mejor.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Gracias de nuevo, señor Traseronian. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Charlotte.

Volvimos a darnos la mano, pero esta vez tomó la mía entre sus dos manos.

—Para tu información —dijo—, ser amable es el primer paso para ser bueno. Es un muy buen comienzo. Estoy extremadamente orgulloso de ti, Charlotte.

No sé si él era consciente, pero para alguien como yo unas palabras como las suyas valían más que todas las medallas del mundo.

Donde cuento que Ximena bordó su discurso

Buenos días, doctor Jansen, señor Traseronian, jefa de estudios Rubin, compañeros estudiantes, profesores y padres.

Para mí es un honor que me hayan pedido pronunciar el discurso de graduación en nombre de quinto curso este año. Miro a mi alrededor y, al ver tantas caras felices, me siento muy afortunada por estar aquí. Como algunos sabréis, este ha sido mi primer curso en el colegio de secundaria Beecher. No os voy a mentir: al principio me ponía un poco nerviosa venir. Sabía que algunos alumnos llevaban aquí desde preescolar y me daba miedo no hacer amigos. Pero resulta que muchos de mis compañeros también eran nuevos, como yo. E incluso para los que ya llevaban aquí unos años..., bueno..., la secundaria es algo nuevo para todos. Ha sido una experiencia que nos ha hecho aprender. En el camino no han faltado unos cuantos baches. Ha habido aciertos y errores. Pero ha sido un viaje maravilloso.

Hace unos meses me pidieron que actuara en un baile coreografiado por la señora Atanabi para la gala benéfica del colegio de secundaria Beecher. Para mí fue una experiencia alucinante. Mis compañeras bailarinas y yo nos empleamos a fondo en aprender a bailar juntas, como si fuéramos una sola. Para eso hace falta mucho tiempo. Y confianza. Puede que no sepáis esto de mí, pero al haber ido a muchos colegios diferentes en unos pocos años, no siempre me ha sido fácil darle a la gente esa confianza. Pero aprendí a confiar en esas chicas. Comprendí que con ellas podía ser yo misma. Y siempre daré gracias por eso.

Creo que lo que más ganas tengo de hacer el próximo curso, compañeros de quinto, es construir esa confianza con todos vosotros. Tengo la esperanza de que, cuando empecemos sexto, al hacernos mayores y más sabios, aprenderemos a confiar los unos en los otros para ser nosotros mismos de verdad y aceptarnos tal como somos.

Gracias.

Donde cuento cómo acabé por presentarme

El día que vi a Gordy Johnson subiendo a un autobús que iba hacia las afueras, les envié un mensaje a Summer y a Ximena, y las tres nos emocionamos al saber que estaba vivo. Sin embargo, por aquel entonces estaban pasando tantas cosas que no tuvimos ocasión de hablar mucho del tema. Entusiasmadas, estuvimos atentas por si volvíamos a verlo por el barrio, pero no hubo suerte. Había desaparecido. Otra vez.

No volví a verlo hasta principios de julio. De pronto, volvía a estar allí, sentado debajo del toldo del supermercado A&P, tocando las mismas canciones con el acordeón de siempre, con su perra negra tumbada delante de él.

Lo miré durante unos minutos. Estudié sus ojos abiertos y recordé el miedo que me daban antes. Vi cómo pulsaba los botones del acordeón con los dedos. Para mí es un instrumento misterioso. Estaba tocando «Those Were the Days», mi canción favorita.

Cuando hubo terminado, me acerqué a él.

—Hola —dije.

Sonrió hacia donde yo estaba.

—Hola.

—¡Me alegro de que haya vuelto! —dije.

—¡Gracias, señorita! —contestó.

—¿Dónde ha estado?

—Bueno... Me fui al sur, a pasar una temporada con mi hija. Mis viejos huesos llevan cada vez peor los inviernos de Nueva York.

—Ha sido un invierno muy frío, es verdad —dije.

—¡Y tanto!

—Su perra se llama Joni, ¿verdad?

— Eso es.

— ¿Y usted se llama Gordy Johnson?

Ladeó la cabeza.

— ¿Tan famoso soy que sabes cómo me llamo? —preguntó, y soltó una carcajada.

— Mi amiga Summer Dawson lo conoce —contesté.

Levantó la vista mientras pensaba de quién podía estar hablando.

— Su padre estuvo en los marines —expliqué—. Murió hace unos años. ¿Le suena el sargento Dawson?

— ¡El sargento Dawson! —exclamó—. Pues claro que me acuerdo de él. Un hombre espléndido. Qué noticia tan triste. Recuerdo bien a su familia. Saluda a esa niñita de mi parte, ¿quieres? Era una niña muy dulce.

— Claro —contesté—. Estuvimos intentando encontrarlo. Summer y yo nos preocupamos por usted cuando desapareció.

— Ay, cielo. No tenéis que preocuparos por mí. Me las apaño bastante bien. No soy una persona sin hogar ni nada de eso. Tengo casa en las afueras. Lo que pasa es que me gusta estar ocupado y salir con Joni. Cojo un autobús directo por las mañanas justo en la puerta de mi edificio y me bajo en la última parada. Es un paseo agradable. Vengo aquí por costumbre, ¿sabes? Aquí hay buena gente, como el sargento Dawson. Me gusta tocar para ellos. ¿Te gusta mi música?

— ¡Sí! —contesté.

— ¡Bueno, pues por eso toco aquí! —dijo, emocionado—. Para animarle el día a la gente.

Asentí, muy contenta.

— Bueno... —dije—. Gracias, señor Johnson.

— Puedes llamarme Gordy.

—Yo soy Charlotte, por cierto.

—Encantado de conocerte, Charlotte —dijo.

Me ofreció la mano y se la estreché.

—Tengo que irme. Me alegro de haber hablado con usted.

—Adiós, Charlotte.

—Adiós, señor Johnson.

Me metí la mano en el bolsillo, saqué un billete de un dólar y lo dejé caer en la funda del acordeón.

Flap.

—¡Que Dios bendiga América! —dijo Gordy Johnson.

Una historia sorprendente, conmovedora y reconfortante. Una lectura obligada para todos aquellos que aman WONDER.

La lección de August ha recordado a más de cuatro millones de lectores de todo el mundo la importancia de ser amable a través de la historia de Auggie, un chico normal con una cara que lo hace único y cuyo primer año en el colegio cambió la vida de todos cuantos lo rodeaban.

Esta tercera entrega de la saga arroja una nueva luz sobre ese primer año desde la perspectiva de Charlotte, la chica elegida para acompañarlo los primeros días del curso. Una chica inteligente y amable que también lucha por encontrar su lugar y ser aceptada en los círculos más populares del colegio.

Mientras **R. J. Palacio** se dedicaba a diseñar preciosas cubiertas para cientos de autores, soñaba con escribir una novela algún día. Sin embargo, le parecía que nunca llegaba el momento hasta que se dio cuenta de que lo único que tenía que hacer era empezar. *WONDER. La lección de August* fue su primera novela y se convirtió en un fenómeno mundial que ya ha inspirado a más de cuatro millones de personas.